

El zorro

D.H. Lawrence

A las dos muchachas solía conocérselas por sus apellidos, Banford y March. Habían arrendado juntas la granja, con la intención de trabajarla ellas solas; es decir, iban a criar pollos para ganarse la vida vendiéndolos, y a esto iban a añadir lo que les produjera el mantenimiento de una vaca y la crianza de uno o dos terneros. Desgraciadamente, las cosas no salieron bien.

Banford era una criatura delgada, pequeña y delicada, que llevaba gafas. Ella, no obstante, era la principal inversora, ya que March tenía poco o ningún dinero. El padre de Banford, comerciante en Islington, ayudó a su hija a empezar, en bien de su salud, y porque la quería, y porque no parecía que fuera a casarse. March era más robusta. Había aprendido carpintería y ebanistería en la escuela nocturna de Islington. Ella sería el hombre de la casa. Al principio tenían, además, al anciano abuelo de Banford viviendo con ellas. Este había sido granjero. Pero desgraciadamente el viejo murió después de haber pasado un año en la granja Bailey. Entonces las dos chicas se quedaron solas.

Ninguna de las dos era joven; se aproximaban ya a los treinta. Pero, por supuesto, tampoco eran viejas. Se lanzaron a la empresa con bastante valentía. Tenían muchos pollos, Leghorns blancos y negros, Plymouths y Wyandottes, también algunos patos, y además dos terneras en los campos. Desgraciadamente, una de las terneras se negó rotundamente a quedarse dentro de los límites de la granja Bailey. Por mucho esmero que pusiera March en levantar las empalizadas, la ternera se escapaba, vagaba por el bosque o se metía en los terrenos vecinos, y March y Banford se lanzaban en su busca, con más prisa que éxito. De modo que, desesperadas, la vendieron. Entonces, justo antes de que la otra vaquilla se quedara preñada de su primera cría, el viejo murió, y las muchachas, temerosas del inminente acontecimiento, la vendieron apresuradamente, y limitaron su atención a los pollos y a los patos.

A pesar de que les causara cierta tristeza, fue un alivio no tener que seguir ocupándose del ganado. La vida no se había hecho para vivirla esclavizadas.

Ambas estaban de acuerdo en esto. Las aves de corral ya causaban bastantes problemas. March había instalado un banco de carpintero en un extremo del cobertizo abierto. Aquí trabajaba, haciendo gallineros y puertas y otros accesorios. Las aves se alojaban en el edificio más grande, que había servido anteriormente como granero y establo. Tenían una casa preciosa, y debían haberse sentido plenamente satisfechas. Ciertamente tenían buen aspecto. Pero a las muchachas las exasperaba su tendencia a las enfermedades extrañas, su exigente forma de vida y su negativa, su obstinada negativa, a poner huevos.

March hacía casi todo el trabajo de fuera de la casa. Cuando iba por ahí con sus polainas y sus pantalones, su chaqueta con cinturón y su gorra, casi parecía un joven gracioso y desgarbado, pues tenía la espalda derecha y sus movimientos eran fáciles y confiados; hasta teñidos por una cierta indiferencia o ironía. Pero su cara no era la cara de un hombre. Los mechones de su cabello rizado y oscuro se movían alrededor de su cabeza cuando se agachaba, sus ojos eran grandes, despiertos y oscuros cuando volvía a mirar hacia arriba, extraña, sobresaltada, tímida y sardónica a la vez. También su boca estaba casi contraída, como de dolor e ironía. Había en ella algo extraño y sin explicar. Solía pararse apoyándose en una cadera, mirando a las gallinas corretear por el odioso barro fino del empinado corral, y llamar a su gallina blanca favorita, que acudía al oír su nombre. Pero había un destello casi satírico en los grandes ojos oscuros de March cuando observaba a su bandada de gallinas moviéndose bajo su mirada, y un tono parecido de peligrosa sátira en su voz cuando le hablaba a Patty, su favorita, que picoteaba las botas de March en señal de amistosa demostración.

Las gallinas no prosperaban en la granja Bailey, a pesar de todo lo que March hacía por ellas. Cuando les daba comida caliente por la mañana, siguiendo las reglas, notaba que las volvía pesadas y somnolientas durante horas. Esperaba verlas apoyarse contra los postes del cobertizo en su lánguido proceso de digestión. Y sabía muy bien que deberían haber estado picoteando y buscándose su alimento por ahí, si es que iban a llegar a algo. De modo que decidió darles su comida caliente por la noche, y dejarlas dormir después. Pero esto no sirvió de nada.

Además, la situación creada por la guerra era muy poco favorable para el mantenimiento de un gallinero. La comida era escasa y mala. Y cuando se promulgó el proyecto de ley de aprovechamiento de luz natural, las gallinas se negaron obstinadamente a irse a dormir como siempre, a eso de las nueve de la noche en verano. Esto ya era suficientemente tarde, porque no había paz

hasta que estaban encerradas y dormidas. Ahora se paseaban alegremente sin echar ni siquiera una mirada al gallinero hasta las diez de la noche o más tarde. Ni Banford ni March querían vivir para trabajar. Querían leer o dar un paseo en bicicleta por las tardes, o quizá March deseaba pintar curvilíneos cisnes en porcelana, con un fondo de color verde, o hacer una maravillosa pantalla para la chimenea mediante un elaborado trabajo de ebanistería, ya que era una criatura de extraños caprichos y tendencias insatisfechas. Pero todo esto se lo impedían las estúpidas gallinas.

Había un inconveniente mayor que los demás. La granja Bailey era una pequeña propiedad, con un antiguo granero de madera y una casa de tejados bajos que se encontraba separada por un prado del linde del bosque. Desde el comienzo de la guerra, el zorro era un demonio. Se llevaba las gallinas bajo las mismas narices de Banford y March. Banford, sobresaltada, miraba con toda su atención a través de sus grandes gafas al tiempo que un nuevo revoloteo acompañado de cacareos tenía lugar junto a sus talones. ¡Demasiado tarde! Había desaparecido otra Leghorn blanca: Era descorazonador.

Hicieron lo que pudieron para remediarlo. Cuando se levantó la veda del zorro, las dos esperaron vigilantes con sus riñes a las horas más propicias. Pero no sirvió de nada. El zorro era demasiado rápido para ellas. De modo que pasó otro año, y otro, y, tal como decía Banford, estaban viviendo de sus pérdidas. Un verano alquilaron la granja y se retiraron a vivir en un vagón de tren que estaba estacionado como una especie de dependencia en una esquina del prado. Esto las divirtió, y ayudó a sus finanzas. Así y todo, las cosas tenían mal aspecto.

Aunque solían ser muy buenas amigas, porque Banford, aunque nerviosa y delicada, era un alma cálida y generosa, y March, a pesar de ser tan rara y ausente, tenía una extraña magnanimidad, en las largas horas de soledad tenían tendencia a irritarse la una con la otra, a cansarse la una de la otra. March tenía que hacer las cuatro quintas partes del trabajo y, aunque no le importaba, parecía no haber descanso, y esto hacía que a veces sus ojos brillaran curiosamente. Entonces Banford, sintiéndose más nerviosa que nunca, se desanimaba, y March le hablaba duramente. De algún modo, a medida que pasaban los meses, parecían estar perdiendo terreno, perdiendo esperanzas. Allí solas en el prado junto al bosque, con la amplia campiña extendiéndose oscura y vacía hasta las redondas colinas del Caballo Blanco, en la lejana distancia, parecía que tenían que depender demasiado de sí mismas. No había nada que las mantuviera. Y no había esperanza.

El zorro realmente las exasperaba. En cuanto habían soltado a las gallinas, en las tempranas mañanas de verano, tenían que coger sus rifles y montar guardia, y luego, nuevamente, en cuanto la tarde empezaba a oscurecer, debían hacerlo una vez más. ¡Y el zorro era tan astuto! Se deslizaba a lo largo de los altos pastos; era tan difícil de ver como una serpiente. Parecía engañar a las muchachas deliberadamente. Una o dos veces March había divisado la blanca punta de su cola, o su sombra rojiza en los pastizales, y le había disparado. Pero el zorro no hizo caso de esto.

Una tarde March estaba parada de espaldas al poniente, el rifle bajo el brazo, su pelo metido debajo de la gorra. Estaba a medias vigilando, a medias meditando. Era su estado constante. Sus ojos agudos y atentos, pero su mente no registraba lo que veía. Siempre estaba cayendo en este extraño estado absorto, con la boca algo fruncida. No se sabía si estaba allí, conscientemente presente, o no.

Los árboles del linde del bosque eran de un oscuro verde pardusco a plena luz, ya que estaban a finales de agosto. Más allá, las ramas y los troncos desnudos de los pinos, de color del cobre, brillaban en el aire. Más cerca de los pastos, con sus largos y brillantes tallos marrones, estaba lleno de luz. Las gallinas andaban por allí; los patos aún seguían nadando en el estanque bajo los pinos. March observó todo esto, lo vio todo, y no lo vio. Oyó a Banford en la distancia hablándole a las gallinas... y no la oyó. ¿En qué estaba pensando? Dios sabe. Su conciencia estaba, por así decirlo, retenida.

Bajó los ojos y, de pronto, vio al zorro. Este la estaba mirando. Ella tenía la barbilla apretada contra el pecho y los ojos del animal miraban hacia arriba. Se encontraron con los de March. Y él la conoció. Ella se quedó como hipnotizada: sabía que él la conocía. El zorro la miró a los ojos y el alma le falló. Él la conocía, y no se arredraba.

March se debatió, volvió en sí confusamente y lo vio huir dando lentos saltos por encima de unas ramas caídas; saltos lentos, descarados. Entonces el zorro miró hacia atrás y echó a correr ágilmente. Ella vio su cola ligera como una pluma, vio brillar su blanco cuarto trasero. Y desapareció suavemente, suave como el viento.

Se puso el rifle al hombro, pero así y todo frunció los labios, sabiendo que era una tontería intentar disparar. De modo que empezó a caminar lentamente tras él, en la dirección en que había desaparecido; lenta, tenazmente. Esperaba encontrarlo. En su corazón, estaba decidida a encontrarlo. No tenía en cuenta lo que haría cuando lo viera otra vez. Pero estaba decidida a encontrarlo. De modo que recorrió, ensimismada, el linde del bosque, con sus vividos ojos

bien abiertos y un ligero rubor en las mejillas. No pensaba en nada. En una extraña inconsciencia caminaba de un lado a otro.

Por fin se dio cuenta de que Banford la estaba llamando. Hizo un esfuerzo de atención, se volvió, y dio un grito como respuesta. Luego se dirigió a grandes pasos hacia la casa. El rojo sol se estaba poniendo, las gallinas se retiraban a sus varales. March las observó, blancas y negras, acudiendo al corral. Las miró como hipnotizada, sin verlas. Pero su inteligencia automática le dijo cuándo era el momento de cerrar la puerta.

Entró en casa para la cena, que Banford ya había dispuesto sobre la mesa. Banford charlaba animadamente. March parecía escuchar, a su manera distante, masculina. De vez en cuando respondía con una palabra breve. Pero todo el tiempo estaba como hipnotizada. Y en cuanto terminaron de cenar se levantó para salir otra vez, sin decir por qué.

Volvió a coger su rifle y se fue en busca del zorro. Pues éste había levantado sus ojos hacia ella, y su mirada sagaz parecía haberse quedado grabada en su mente. No era tanto que pensara en él: estaba poseída por él. Veía sus ojos oscuros, sagaces, insolentes, mirándola, conociéndola. Sentía cómo se adueñaba invisiblemente de su espíritu. Conocía la manera en que bajaba la cabeza cuando miraba hacia arriba, conocía su morro, marrón dorado y blanco grisáceo. Y una vez más lo vio mirándola por encima de su hombro, a medias incitante, a medias astuto y despreciativo. De modo que echó a andar por el linde del bosque con un brillo en sus grandes ojos sobresaltados y el rifle debajo del brazo. Entretanto cayó la noche y una gran luna se elevó por encima de los pinos. Y una vez más Banford la llamaba.

March entró en la casa. Empezó a trabajar silenciosamente. Examinó su rifle y lo limpió, meditando ensimismada junto a la luz de la lámpara. Luego volvió a salir bajo la gran luna, para ver si todo estaba en orden. Cuando vio las oscuras crestas de los pinos contra el cielo rojo sangre, su corazón empezó a latir una vez más: el zorro, el zorro. Quería seguirlo con su rifle.

Pasaron algunos días antes de que mencionara a Banford lo ocurrido. De pronto, una noche, le dijo:

—El zorro estuvo a mis pies el sábado por la noche.

—¿Dónde? —dijo Banford, abriendo los ojos detrás de sus gafas.

—Cuando estaba junto al estanque.

—¿Le disparaste? —exclamó Banford.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues... Supongo que porque me quedé demasiado sorprendida.

Era el mismo modo de hablar lento y lacónico que March siempre utilizaba. Banford miró a su amiga durante unos instantes.

—¿Lo viste? —gritó.

—¡Oh, sí! Me estaba mirando como si nada.

—¡Qué insolencia! —exclamó Banford—. No nos tiene miedo, Nellie.

—No —dijo March.

—Es una pena que no pudieras dispararle —dijo Banford.

—Ya lo creo. He estado buscándolo desde entonces. Pero no creo que vuelva a acercarse tanto.

—No, supongo que no —dijo Banford.

Y a continuación olvidó el incidente, salvo que estaba más indignada que nunca ante el descaro del animal. Tampoco March era consciente de que pensaba en el zorro. Pero cada vez que caía en una de SUS abstracciones, cuando estaba medio absorta y medio consciente de lo que ocurría a su alrededor, era el zorro lo que de algún modo dominaba su subconsciente, lo que poseía la mitad oscura de sus ensoñaciones. Y esto ocurrió durante semanas, durante meses. Aun cuando estuviera trepando a los árboles en busca de manzanas, o sacudiendo los últimos ciruelos, o cavando el hoyo para el estanque de los patos, o despejando el granero, cuando había terminado, o cuando se erguía, y retiraba los mechones de pelo de su frente, y fruncía la boca en una extraña mueca que la hacía aparecer mayor, infaliblemente aparecía en su mente el influjo del zorro, tal como lo sintió cuando él la estaba mirando. En aquellos momentos era como si pudiera olerlo. Y siempre volvía, inesperadamente, cuando se disponía a dormir por la noche o cuando echaba agua en la tetera para hacer el té. El zorro volvía una y otra vez como un maleficio.

Así pasaron los meses. Ella aún seguía buscándolo inconscientemente cuando se dirigía al bosque. El zorro se había convertido en algo asentado en su espíritu, en un estado permanentemente establecido, no continuo, pero siempre recurrente. March no sabía lo que pensaba o sentía; sólo se apoderaba de ella ese estado, como cuando el zorro la había mirado.

Pasaron los meses, llegaron las noches oscuras; noviembre, oscuro y pesado, cuando March andaba con botas altas, metida hasta los tobillos en el barro, cuando la noche empezaba a caer a las cuatro y el día nunca amanecía del todo. Ambas temían esta época. Les atemorizaba la casi continua oscuridad que las rodeaba en su pequeña granja desolada cerca del bosque. Banford sentía miedo físico. Tenía miedo de los vagabundos; temía que

alguien viniera a rondar la casa. March no tenía tanto miedo, pero se sentía incómoda, inquieta. Sentía la incomodidad y la tristeza en todo su cuerpo.

Solían tomar el té en el cuarto de estar. March encendía la chimenea al atardecer y ponía en ella la leña que había cortado y aserrado durante el día. Entonces tenían la larga tarde por delante, oscura, húmeda y negra en el exterior y, dentro de la casa, solitaria y un poco opresiva, casi lúgubre. A March no le importaba estar sin hablar, pero Banford no podía permanecer callada. Limitarse a escuchar el viento en los pinos o el goteo del agua era demasiado para ella.

Una noche, las chicas habían lavado las tazas del té en la cocina y March se había puesto sus zapatillas y había cogido su labor de ganchillo, en la que trabajaba lentamente de vez en cuando. Así que se quedó en silencio. Banford contempló el rojo fuego que, siendo de madera, necesitaba una constante atención. Tenía miedo de empezar a leer demasiado temprano, ya que sus ojos no soportaban demasiado esfuerzo. De modo que se quedó contemplando el fuego, escuchando los sonidos distantes, los mugidos del ganado, el ruido sordo de un viento húmedo y pesado, el traqueteo del tren de la tarde sobre las vías a poca distancia de la casa. Estaba casi fascinada por el rojo brillo del fuego.

De pronto ambas se sobresaltaron y levantaron la cabeza. Oyeron una pisada; claramente una pisada. Banford se encogió de miedo. March se quedó quieta, escuchando. Luego, rápidamente, se acercó a la puerta que daba a la cocina. Al mismo tiempo oyeron las pisadas aproximándose a la puerta trasera. Esperaron un momento. La puerta trasera se abrió suavemente. Banford lanzó un sonoro grito. Una voz de hombre dijo con suavidad:

—¡Hola!

March dio un paso atrás y cogió un rifle del rincón.

—¿Qué quiere? —exclamó, con voz aguda.

Una vez más la voz del hombre, vibrando suavemente, dijo:

—¡Hola! ¿Qué ocurre?

—¡Voy a disparar! —gritó March—. ¿Qué quiere?

—¿Por qué?, ¿qué ocurre? ¿Qué ocurre? —dijo la voz suave, sorprendida, algo asustada. Y un joven soldado, con su pesada mochila al hombro, avanzó hacia la tenue luz.

—Pero —dijo— ¿quién vive aquí, entonces?

—Nosotras vivimos aquí —dijo March—. ¿Qué quiere usted?

—¡Oh! —se oyó el largo y melodioso tono de asombro del joven soldado—. ¿Entonces William Grenfel no vive aquí?

—No. Ya sabe que no.

—¿Que lo sé? Pues veré, no lo sabía. Él vivía aquí, porque era mi abuelo, y yo mismo vivía aquí hace cinco años. ¿Qué ha sido de él entonces?

El joven —o el muchacho, porque no podía tener más de veinte años— avanzó y se quedó de pie en la entrada. March, ya bajo la influencia de su voz extraña, dulce, modulada, le miró fascinada. Tenía una cara redonda y rubicunda, cabello claro, bastante largo, aplastado contra su frente por el sudor. Sus ojos eran azules, muy vivos y brillantes. En sus mejillas, en la piel rubicunda, tenía unos finos pelos rubios, como vello, pero más duro. Esto daba a su rostro un ligero brillo. Como llevaba su pesada mochila al hombro se agachó, echando hacia adelante la cabeza. Tenía el sombrero en la mano. Miraba a las chicas intensamente, con ojos brillantes, especialmente a March, que estaba de pie, pálida, con sus grandes ojos dilatados, su chaqueta ceñida y sus polainas, el cabello recogido en un gran moño sobre la nuca. Aún tenía el rifle en la mano. Detrás de ella, Banford, aferrada al brazo del sofá, procuraba esconderse, con la cabeza ladeada.

—Creí que mi abuelo aún vivía aquí. Me pregunto si habrá muerto.

—Nosotras llevamos aquí tres años —dijo March, que estaba empezando a recuperar su presencia de ánimo, viendo algo infantil en la redonda cabeza con su largo pelo sudoroso.

—¡Tres años! ¡No me diga! ¿Y no sabe quién estaba aquí antes de ustedes?

—Sé que era un anciano que vivía solo.

—¡Ah! ¡Sí, es él! ¿Y qué ha sido de él, entonces?

—Murió. Sé que murió.

—¡Ah! ¡Entonces está muerto!

El muchacho las miraba sin cambiar de color ni de expresión. Si tenía alguna expresión, además de una ligera y confusa mirada de asombro, era la de una intensa curiosidad con respecto a las dos muchachas; una curiosidad profunda, impersonal, la de aquella joven cabeza redonda.

Pero para March, era el zorro. No habría podido decir por qué: la cabeza inclinada hacia adelante, o el brillo de los finos pelos rubios en sus encendidas mejillas, o los ojos brillantes, aguzados: el muchacho era para ella el zorro, y no podía verlo de otra manera.

—¿Cómo es que no sabía si su abuelo estaba vivo o muerto? —preguntó Banford recobrando su aspereza habitual.

—Ay, eso es —replicó el muchacho, respirando con suavidad—. Veré, me enrolé en el Canadá, y no supe nada de él durante tres o cuatro años. Me

escapé al Canadá.

—¿Y ahora acaba de llegar de Francia?

—Bueno... realmente de Salónica.

Hubo una pausa; nadie sabía exactamente qué decir.

—¿De modo que ahora no sabe adónde ir? —dijo Banford, algo tímidamente.

—Oh, conozco a alguna gente del pueblo. De todas maneras, puedo ir al «Swan».

—Supongo que habrá venido en el tren. ¿Le gustaría sentarse un momento?

—Bueno... no me importaría.

Dio un pequeño gemido al desembarazarse de su mochila. Banford miró a March.

—Deja ese rifle —dijo—. Haremos una taza de té.

—Ay —dijo el muchacho—. Ya hemos visto bastantes rifles.

Se sentó en el sofá con un gesto cansado, inclinándose hacia adelante.

March recuperó su presencia de ánimo y entró en la cocina. Desde allí oyó la suave y joven voz, diciendo como para sí mismo:

—¡Vaya, pensar que iba a volver y encontrarme con esto! —no parecía triste en absoluto; sólo interesado y sorprendido.

—Y cómo ha cambiado el lugar, ¿eh? —continuó, mirando en torno a la habitación.

—Ve una diferencia, ¿verdad? —dijo Banford.

—¡Sí, ya lo creo!

Sus ojos eran extrañamente claros y brillantes, aunque era el brillo de la buena salud.

March estaba ocupada en la cocina preparando otra comida. Eran alrededor de las siete. Todo el tiempo, mientras se movía, estaba atendiendo al muchacho en el cuarto de estar, no tanto escuchando lo que decía como sintiendo la suave cadencia de su voz. Apretó los labios cada vez más, frunciendo su boca como si estuviera cosida, en un esfuerzo por mantener su voluntad por encima de todo. Pero no obstante sus grandes ojos se dilataban y brillaban a pesar suyo; se perdió. Rápida y descuidadamente preparó la comida, cortando grandes trozos de pan con margarina, pues no había mantequilla. Se exprimió el cerebro intentando pensar en algo más que poner en la bandeja: sólo tenía pan, margarina y mermelada, y la despensa estaba vacía. Incapaz de improvisar otra cosa, entró en el cuarto de estar con su bandeja.

Quería pasar desapercibida. Sobre todo, no quería que él se fijara en ella. Pero cuando entró, y empezó a preparar la mesa que se hallaba detrás del muchacho, éste se incorporó y se volvió para mirarla por encima del hombro. Ella se puso pálida y lánguida.

El chico la observó inclinándose sobre la mesa, miró sus piernas esbeltas y bien formadas, su ceñida chaqueta colgando alrededor de sus muslos, el moño en que recogía su oscuro cabello, y su curiosidad, viva y alerta, se centró una vez más en ella.

La lámpara tenía una pantalla de color verde oscuro, de modo que la luz caía hacia abajo, y la mitad superior de la habitación estaba en penumbra. La cara de él se movía brillante bajo la luz, pero March se dibujaba oscuramente en la distancia.

Match se volvió, pero mantuvo los ojos apartados, subiendo y bajando sus oscuras pestañas. Su boca se relajó al tiempo que le decía a Banford:

—¿Quieres servir tú?

Luego volvió a la cocina.

—Tómese el té donde está sentado, ¿quiere? —le dijo Banford al muchacho—. A menos que prefiera venir a la mesa.

—Bueno —dijo él— aquí estoy cómodo, ¿no? Me lo tomaré aquí, si no le importa.

—No hay nada más que pan y mermelada —dijo ella. Y puso su plato y una banqueta junto a él. Ahora estaba contenta, sirviéndole. Le encantaban las visitas. Y ahora ya no le tenía más miedo que el que le tendría si fuera su hermano menor. ¡Era tan joven!

—Nellie —llamó—, te he servido una taza de té.

March apareció en el umbral, cogió su taza y se sentó en un rincón, lo más lejos que pudo de la luz. Sus rodillas la incomodaban. Como no llevaba faldas para cubrir las y se veía forzada a sentarse enseñándolas, sufría. Se retrajo cada vez más, intentando no ser vista. Y el joven, reclinado en el sofá, la miró, con largas, persistentes miradas penetrantes, hasta que ella deseó poder desvanecerse en el aire. No obstante, sostuvo su taza en equilibrio, bebió su té, frunció la boca y mantuvo la cabeza apartada. Su deseo de ser invisible era tan fuerte que llegó a confundir al muchacho. Este no podía verla con claridad. Parecía una sombra dentro de la sombra. Y sus ojos volvían a ella una y otra vez, escrutadores, insistentes, con una atención inconscientemente fija.

Entretanto hablaba suave y afablemente con Banford, a quien no había nada que más le gustase que los chismes, y que estaba llena de animación e

interés, como un pájaro. Además, comía en grandes cantidades, rápida y vorazmente, de modo que March tuvo que cortar nuevos trozos de pan con margarina, por cuya tosquedad Banford se disculpó.

—Bueno —dijo March, hablando de pronto—, si no hay mantequilla para ponerle, de nada sirve cortarlo en trozos finos.

Una vez más el joven la miró, y rió con una risa súbita y rápida, mostrando los dientes y arrugando la nariz.

—Pues no, ¿verdad? —repuso, con su voz suave, cercana.

Resultó que había nacido en Cornualles y había sido educado allí. Al cumplir los doce años había venido a la granja Bailey con su abuelo, con quien nunca se había llevado muy bien. De modo que había huido a Canadá, y había trabajado lejos, en el Oeste. Ahora estaba aquí, y ése era el final de la historia.

Sentía gran curiosidad por saber qué hacían exactamente las muchachas. Sus preguntas eran las de un muchacho de granja; agudas, prácticas, algo burlonas. Le divirtió mucho la actitud de las jóvenes con respecto a sus pérdidas, ya que éstas se relacionaban con las terneras y las gallinas.

—Bueno —interrumpió March—, no creemos que haya que vivir solamente para trabajar.

—¿No? —respondió él. Y una vez más la rápida risa juvenil apareció en su cara. Mantenía los ojos fijos en la oscura mujer del rincón.

—Pero ¿qué harán cuando hayan agotado todo su capital? —dijo.

—Ah, no lo sé —respondió March lacónicamente—. Emplearnos como peones en una granja, supongo.

—Sí, pero no habrá ninguna demanda para mujeres trabajadoras ahora que ha terminado la guerra —dijo el joven.

—Ya veremos. Aún aguantaremos un poco más —dijo March con una indiferencia quejumbrosa, a medias triste, a medias irónica.

—Este lugar necesita un hombre —dijo suavemente el joven.

Banford se echó a reír.

—Tenga cuidado con lo que dice —interrumpió—. Nos consideramos bastante eficientes.

—Oh —se oyó la voz lenta y quejumbrosa de March— me temo que no es cuestión de eficiencia. Si vas a dedicarte a cuidar de una granja, tienes que trabajar de la mañana a la noche, y lo mismo daría que fueras un animal.

—Sí, eso es —dijo el joven—. No están dispuestas a dedicarse a ello por entero.

—No lo estamos —dijo March—, y lo sabemos.

—Queremos tener tiempo para nosotras mismas —dijo Banford.

El muchacho se echó hacia atrás en el sofá, la cara contraída por la risa, y rió en silencio pero abiertamente. El tranquilo desdén de las muchachas le hacía muchísima gracia.

—Sí —dijo—, pero ¿por qué empezaron, entonces?

Bueno —dijo March—, teníamos una opinión mejor de la naturaleza de las gallinas de la que tenemos ahora.

—De la naturaleza en general, me temo —dijo Banford—. No me hables de la naturaleza.

Una vez más la cara del muchacho se contrajo con una risa divertida.

—No tienen muy buena opinión de las aves y del ganado, ¿verdad? —dijo.

—Oh, no. Bastante mala —dijo March.

Él volvió a reír.

—Ni de las aves, ni de las terneras —dijo Banford—, ni de las cabras, ni del tiempo.

El joven lanzó una aguda carcajada, encantado. Las chicas también empezaron a reír, March volviendo la cara y arrugando la boca, divertida.

—Bueno —dijo Banford—, no nos importa, ¿verdad, Nellie?

El joven estaba contento. Había comido y bebido hasta hartarse. Banford empezó a interrogarlo. Su nombre era Henry Grenfel. No, no lo llamaban Harry, siempre Henry. Siguió contestando con cortés simplicidad, grave y encantador. March, que no estaba incluida en el diálogo, le dirigía lentas y largas miradas desde su rincón mientras él seguía en el sofá cogiéndose las rodillas con las manos y la cara alerta y brillante bajo la lámpara, vuelta hacia Banford. March se sintió casi apaciguada, por fin. Ello lo identificaba con el zorro, y él estaba aquí, presente. Ya no necesitaba irse tras él. Allí, en la sombra de su rincón, se entregó a una paz tibia y relajada, casi como el sueño, aceptando el encantamiento. Pero deseaba seguir escondida. Sólo estaba totalmente en paz cuando él la olvidaba, hablando con Banford. Oculta en la sombra del rincón, ya no necesitaba sentirse dividida en sí misma, intentando mantener dos niveles de conciencia. Podía por fin entregarse al olor del zorro.

Porque el joven, sentado ante el fuego con su uniforme, despedía un olor ligero pero preciso, indefinible, parecido al de un animal salvaje. March ya no intentaba evitarlo. Estaba quieta y tranquila en su rincón, como una criatura pasiva en su cueva.

Por fin la conversación menguó. El joven dejó de abrazarse las rodillas, se irguió un poco y miró a su alrededor. Una vez más notó la presencia de la

mujer silenciosa, semi-invisible, en el rincón.

—Bueno —dijo desganadamente—, supongo que será mejor que me vaya, o ya se habrán acostado en el «Swan».

—Me temo que están en la cama de todas maneras —dijo Banford—. Todos tienen la gripe.

—¿Ah, sí? —exclamó él. Luego meditó un momento—. Bueno —continuó—, ya encontraré sitio en alguna parte.

—Le diría que se quedase aquí, sólo que... —empezó a decir Banford. Él se volvió y la miró, echando la cabeza hacia adelante.

—¿Qué? —preguntó.

—Oh, pues... —dijo ella— decoro, supongo. Estaba bastante confusa.

—No sería indecoroso, ¿verdad? —dijo él, ligeramente sorprendido.

—No por lo que respecta a nosotras —dijo Banford.

—Y no por lo que a *mí* respecta —dijo él con grave ingenuidad—. Después de todo, es mi propia casa, en cierto modo.

Banford sonrió ante esto.

—Eso tendrán que decirlo los del pueblo —dijo.

Hubo un momento de pausa.

—¿Qué dices tú, Nellie? —preguntó Banford.

—A mí no me importa —dijo Match, en su preciso tono de voz—. De todas maneras, los del pueblo me dan igual.

—No —dijo el joven, rápida y suavemente—. ¿Por qué iba a importarle? ¿Qué iban a decir?

—Bueno —se oyó la voz de March, vibrante, lacónica—, encontrarán fácilmente algo que decir. Pero da igual lo que digan. Podemos cuidarnos de nosotras mismas.

—Claro que sí —dijo el joven.

—Entonces quédese, si quiere —dijo Banford—. El cuarto de huéspedes está preparado.

La cara del muchacho brilló de placer.

—Si están seguras de que esto no les causará demasiados inconvenientes —dijo con la suave cortesía que lo distinguía.

—Oh, ningún inconveniente —dijeron ambas.

—Es una suerte no tener que volver a salir, ¿verdad? —dijo agradecido.

—Supongo que sí —dijo Banford.

Match desapareció para ocuparse de la habitación. Banford estaba tan feliz y tan atenta como si se hubiera tratado de su propio hermano menor que regresaba de Francia. Le proporcionaba la misma gratificación ocuparse de él,

prepararle un baño, y todo lo demás. Su calidez y amabilidad natural tenían ahora una salida. Y el joven se recreaba en sus atenciones fraternales. Pero le intrigaba ligeramente saber que March también estaba trabajando para él. Era tan curiosamente silenciosa y huidiza. Le parecía que no la había visto de verdad. Pensaba que no la conocería si se la encontrara por el camino.

Aquella noche March soñó intensamente. Soñó que oía fuera a alguien cantando una canción que no podía entender, una canción que rondaba la casa, los campos, en la oscuridad. La conmovía tanto que tenía ganas de llorar. Salió fuera y, de pronto, supo que era el zorro el que cantaba. Era muy amarillo y brillante, como el maíz. Ella se acercó a él, pero él se alejó corriendo y dejó de cantar. Parecía estar cerca, y ella quería tocarlo. Alargó la mano, pero de pronto él le mordió la muñeca y, en el mismo instante, al tiempo que ella se echaba hacia atrás, el zorro, volviéndose para huir, le pasó el rabo por la cara, y le pareció que este rabo estaba ardiendo, ya que le quemó la cara produciéndole un intenso dolor. March se despertó sintiendo ese dolor, y se quedó temblando, como si estuviera realmente quemada.

Por la mañana, no obstante, sólo pensó en ello como en un recuerdo lejano. Se levantó y se dedicó a preparar la casa y a ocuparse de las gallinas. Banford se fue al pueblo en su bicicleta para intentar comprar comida. Era una persona hospitalaria. Pero, desgraciadamente, en el año 1918 no había mucha comida que comprar. El muchacho bajó en mangas de camisa. Era joven y fresco, pero caminaba con la cabeza echada hacia adelante, de modo que sus hombros parecían levantados y redondeados, como si tuviera una ligera curvatura de la columna vertebral. Debía ser sólo su modo de caminar, porque era joven y vigoroso. Se lavó y salió fuera, mientras las mujeres preparaban el desayuno.

Todo lo miraba y lo examinaba. Su curiosidad era rápida e insaciable. Comparó el estado de las cosas con el que recordaba de su época allí, y registró en su mente el efecto de los cambios. Observó las gallinas y los patos para ver en qué condición se hallaban; vio volar a las becasas sobre su cabeza: eran muy numerosas. Vio unas cuantas manzanas en lo alto de los árboles, que March no había podido alcanzar; notó que habían pedido prestada una bomba de agua, presumiblemente para vaciar la gran cisterna de agua potable que se hallaba en el lado norte de la casa.

—Es un sitio extraño, ruinoso —les dijo a las muchachas cuando se sentó a desayunar.

Tenía los ojos despiertos e infantiles, que revelaban su opinión sobre las cosas. No dijo gran cosa, pero comió en abundancia. March mantuvo la cara

vuelta. No podía ser consciente de su presencia tan temprano, aunque algo en el brillo de sus ropas de soldado le recordaba al zorro de su sueño.

Durante el día las muchachas se ocuparon de sus tareas. Por la mañana él se dedicó a los rifles, mató un conejo y un pato salvaje que volaba alto en dirección al bosque. Esto fue una gran aportación a la despensa vacía. Las muchachas pensaron que ya se había ganado su alojamiento. Sin embargo, no dijo nada acerca de marcharse. Por la tarde se fue al pueblo. Volvió a la hora del té. Tenía la misma mirada alerta y escrutadora en su cara redonda. Colgó el sombrero de un gancho con un breve gesto oscilante. Estaba pensando en algo.

—Y bien —les dijo a las muchachas sentándose a la mesa—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Cómo, que qué va a hacer? —dijo Banford.

—¿Dónde voy a encontrar un sitio en el pueblo para quedarme? —dijo él.

—No lo sé —dijo Banford—. ¿Dónde piensa quedarse?

—Bueno —vaciló él—, en el «Swan» tienen la gripe, y en el «Plough and Harrow» tienen a los soldados que están recogiendo el heno para el ejército. Además, en las casas privadas hay ya diez hombres y un cabo alojados en el pueblo, me dicen. No sé dónde voy a conseguir una cama.

Dejó el asunto en manos de las muchachas. Parecía bastante tranquilo. March estaba sentada con los codos sobre la mesa, la barbilla apoyada en las manos, mirándolo inconscientemente. De pronto él levantó sus opacos ojos azules y, sin pensar, miró a Match directamente a los ojos. Él se sobresaltó igual que ella y también retrocedió un poco. March vio surgir de sus ojos la misma chispa astuta, provocativa, sagaz, cuando él volvió la cabeza, y sintió cómo entraba en su alma; la misma que había visto en los ojos del zorro. Contrajo la boca como si sintiera dolor, como si estuviera dormida.

—Pues no sé —estaba diciendo Banford. Parecía resistirse, como si tuviera miedo de que se le impusieran. Miró a March. Pero, con su vista débil y enferma, sólo vio en la cara de su amiga la semi-abstracción habitual—. ¿Por qué no hablas, Nellie? —dijo.

—Pero March estaba en silencio, con los ojos muy abiertos, y el joven, como fascinado, la miraba sin mover los suyos.

—Vamos, di algo —dijo Banford. Y March volvió la cabeza ligeramente a un lado, como volviendo en sí, o intentando volver en sí.

—¿Qué esperas que diga? —preguntó automáticamente.

—Di lo que piensas —dijo Banford.

—A mí me da igual —dijo March.

Y una vez más se hizo el silencio. En los ojos del muchacho parecía haber una luz aguda, penetrante como una aguja.

—A mí también —dijo Banford—. Puede quedarse aquí si quiere.

Una sonrisa como una pequeña llama de astucia apareció en su cara, súbita e involuntariamente. Dejó caer rápidamente la cabeza para ocultarla y permaneció con la cabeza baja, el rostro oculto.

—Puede quedarse aquí, si quiere —dijo Banford—. Puede hacer lo que quiera, Henry.

Él siguió sin contestar, permaneciendo con la cabeza baja. Luego alzó la cara. Brillaba con una curiosa luz, como exultante, y sus ojos eran extrañamente claros mientras miraba a March. Esta volvió la cabeza, con la boca contraída como si se sintiera herida, y con la conciencia apagada.

Banford se extrañó un poco. Observó la mirada fija y transparente en los ojos del muchacho mientras éste observaba a March, con la sonrisa invisible brillando en su cara. No sabía cómo estaba sonriendo, ya que ninguna de sus facciones se movía. Sólo lo parecía en el brillo, casi el destello de los finos pelos en sus mejillas. Entonces miró a Banford con una mirada diferente.

—No cabe duda —dijo, con su voz suave y cortés— de que es usted muy buena. Demasiado buena. Estoy seguro de que usted no quiere que yo la moleste.

—Corta un poco de pan, Nellie —dijo Banford incómoda, añadiendo—: No es molestia, si quiere quedarse. Es como si tuviera aquí a mi propio hermano por unos días. Es tan joven como usted.

—Es usted muy amable —repitió el muchacho—. Me gustaría mucho quedarme, si está segura de que no seré una molestia para usted.

—No, claro que no es una molestia. Verá, es un placer tener a alguien más en la casa además de nosotras —dijo Banford generosamente.

—Pero ¿y la Srta. March? —dijo él suavemente, mirándola.

—Oh, por lo que a mí respecta, puede quedarse —dijo March vagamente.

La cara del muchacho se iluminó, y casi se frotó las manos de placer.

—Pues entonces —dijo— me quedaré encantado, si me permiten pagar mi alojamiento y ayudar con el trabajo.

—No hay por qué hablar de alojamiento —dijo Banford.

Pasaron uno o dos días y el joven siguió en la granja. Banford estaba encantada con él. Era suave y cortés en su manera de hablar, aunque lo hacía poco, prefiriendo escuchar lo que ella tenía que decir y reír con su risa rápida y medio burlona. Ayudaba de buena gana con el trabajo, pero no demasiado. Le encantaba salir solo, llevando el rifle, observar, ver. Pues su curiosidad

aguda, impersonal, era insaciable, y se sentía más Ubre cuando estaba solo, medio oculto, observando.

Observaba especialmente a March. Se le antojaba un personaje extraño. Su figura, como la de un gracioso muchacho, le intrigaba. Sus ojos oscuros hacían que algo se levantara en el alma del joven, cuando los miraba, con una curiosa y exultante excitación, que él temía que se viera, tan aguda y secreta era. Y su manera de hablar extraña, perspicaz, le hacía reír. Sentía que debía ir más allá; se sentía inevitablemente impelido. Pero apartó sus pensamientos de ella y se dirigió al bosque con el riñe en la mano.

Cuando regresó a casa la noche estaba cayendo y con ella una fina lluvia de fines de noviembre. Vio brillar el resplandor de la chimenea a través de las ventanas del cuarto de estar, una luz saltarina en el pequeño grupo de oscuros edificios. Y pensó que le gustaría que este lugar fuera suyo. Y luego pensó, sagazmente: ¿por qué no casarme con March? Se quedó inmóvil en medio del campo durante un momento, el conejo muerto colgando inerte de su mano, detenido por este pensamiento. Su mente esperó asombrada —parecía calcular— y luego sonrió para sí mismo, como asintiendo. ¿Por qué no? Sí ¿por qué no? Era una buena idea. ¿Y qué, si parecía algo ridícula? ¿Qué importaba? ¿Y qué, si ella era mayor que él? No importaba. Cuando pensó en sus ojos oscuros, sobresaltados, vulnerables, sonrió sutilmente para sí. En realidad él era mayor que ella. Él era su amo.

Apenas admitió sus intenciones, ni siquiera a sí mismo. Las mantuvo en secreto hasta para sí mismo. Todo era aún demasiado incierto. Tendría que ver cómo iban las cosas. Sí, tendría que ver cómo iban las cosas. Si no tenía cuidado, ella simplemente se burlaría de la idea. Sabía, sagaz y sutil como era, que si se dirigía a ella directamente y le decía: «Señorita March, la quiero y quiero que se case conmigo», su inevitable respuesta sería: «Fuera de aquí. No quiero saber nada de esas tonterías». Esta era su actitud hacia los hombres y sus «tonterías». Si él no tenía cuidado, ella se volvería contra él con su salvaje, sardónico sentido del ridículo, y lo echaría de la granja y de su mente para siempre. Tendría que ir con cuidado. Habría de cogerla como se coge a un ciervo o a una becada cuando se sale a cazar. No sirve de nada salir al bosque y decirle al ciervo: «Por favor, cae ante mi rifle». No; es una batalla lenta y sutil. Cuando realmente se sale a cazar un ciervo, se serena uno, se concentra en sí mismo, y avanza secretamente, antes del amanecer, hacia las montañas. No es tanto lo que uno hace, cuando sale a cazar, sino más bien lo que siente. Es necesario ser sutil y astuto y estar absolutamente, fatalmente preparado. La caza se convierte en un destino. El propio destino de uno se

impone y determina el destino del ciervo que se va a cazar. En primer lugar, aun antes de avistar a la presa, se libra una extraña batalla, como un mesmerismo. La propia alma del cazador ha salido a aprehender el alma del ciervo, aun antes de haber visto al ciervo. Y el alma del ciervo lucha por escapar. Aun antes de que el ciervo haya olfateado al cazador, así ocurre. Es una batalla de voluntades silenciosa y profunda que acontece en lo invisible. Y es una batalla que no termina hasta que la bala del cazador ha dado en el blanco. Cuando por fin se llega realmente al momento cumbre, y el cazador tiene por fin al ciervo a su alcance, no apunta como lo haría a un blanco inerte. Es la propia voluntad del cazador la que impulsa la bala al corazón del ciervo. La trayectoria de la bala hacía su blanco es una mera proyección del destino del cazador al destino del ciervo. Y ocurre no como un acto de astucia, sino como un deseo supremo, un supremo acto de voluntad.

En su fuero interno él era un cazador, no un granjero, ni un soldado destinado a un regimiento. Y como un joven cazador quería abatir a March como a su presa, hacerla su mujer. De modo que se recogió sutilmente en sí mismo, pareció retirarse en una especie de invisibilidad. No estaba seguro de cómo proseguir. Y March estaba recelosa como una liebre. De modo que en apariencia siguió siendo el amable y extraño joven que se alojaba por dos semanas en su casa.

Por la tarde había estado cortando leña para el fuego. La oscuridad llegó muy temprano. Aún había una niebla fría y húmeda. Empezaba a estar demasiado oscuro para ver bien. Una pila de cortos leños aserrados yacía junto al poste de bovedilla. March vino para llevárselos dentro, o al cobertizo, mientras él aserraba el último leño. Trabajaba en mangas de camisa, y no se dio cuenta de que ella se acercaba; llegó desganadamente, como si sintiera timidez. Él la vio agacharse hacia los leños de brillantes muñones y dejó de aserrar. Un fuego descendió como un rayo por los nervios de sus piernas.

—¿March? —dijo, con su voz joven y suave.

Ella levantó la vista de los leños que estaba apilando.

—¿Sí? —dijo.

Él la miró en el crepúsculo. No podía verla claramente.

—Quería preguntarle algo —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Qué es? —dijo ella. El miedo ya estaba en su voz. Pero era demasiado dueña de sí misma.

—Pues... —la voz del muchacho parecía emanar suave, sutilmente, penetrando los nervios de March—. Pues... ¿qué cree usted que es?

Ella se irguió, puso las manos en sus caderas y se le quedó mirando, transfigurada, sin contestar. Una vez más él ardió con un súbito poder.

—Pues... —dijo, y su voz era tan suave que parecía una caricia sutil, como la más ligera caricia de la zarpa de un gato, una sensación antes que un sonido—. Quería pedirle que se casara conmigo.

March, antes de oírlo, lo sintió. Estaba intentando en vano volver la cara. Una gran sensación de abandono pareció adueñarse de ella. Se quedó en silencio, con la cabeza ligeramente vuelta a un lado. Él parecía inclinarse hacia ella, sonriendo invisiblemente. A ella le pareció que de su cuerpo brotaban pequeñas chispas.

Entonces, súbitamente, dijo:

—No intente ninguna de sus tonterías conmigo.

Un temblor recorrió los nervios del muchacho. Había errado. Esperó un momento para volver a serenarse. Entonces dijo, poniendo en su voz toda esa extraña suavidad, como si la estuviera acariciando:

—Pero no es una tontería. No es una tontería. Lo digo en serio. Lo digo en serio. ¿Por qué no me cree?

Parecía ofendido. Y su voz tenía sobre ella un poder tan curioso, haciéndola sentir suelta y relajada. Luchó por recuperar su propio poder. Sintió por un momento que estaba perdida... perdida... perdida. La palabra parecía oscilar en ella como si se estuviera muriendo. Súbitamente volvió a hablar.

—Usted no sabe lo que está diciendo —dijo, con un breve y pasajero tono de desprecio—. ¡Qué absurdo! Yo podría ser su madre.

—Sí, sé lo que estoy diciendo. Sí que lo sé —insistió él suavemente, como si estuviera poniendo la voz en su sangre—. Sé muy bien lo que estoy diciendo. Usted no tiene edad para ser mi madre. Eso no es verdad. ¿Y qué importa, aun si lo fuera? Usted puede casarse conmigo sea cual sea la edad que tengamos. «¿Qué me importa la edad? ¿Y qué le importa a usted la edad?». La edad no es nada. Sintió un desfallecimiento cuando él terminó de hablar. Él hablaba rápidamente —a la manera rápida de Cornualles— y su voz parecía sonar en March en algún lugar donde se sentía indefensa contra ella. «¡La edad no es nada!». La suave, pesada insistencia de su voz la hizo tambalearse ligeramente en la oscuridad. No pudo contestar.

Una gran exultación corrió como fuego por los miembros del muchacho. Sentía que había ganado.

—Quiero casarme con usted, ¿comprende? ¿Por qué no iba a hacerlo? —prosiguió, suave y rápidamente. Esperó a que ella contestara. En el crepúsculo

la veía casi fosforescente. Sus párpados estaban caídos, su cara medio oculta, inconsciente. Parecía estar en su poder. Pero él esperó, vigilante. Aún no se atrevía a tocarla.

—Dígalo, entonces. Diga que se casará conmigo. ¡Dígalo! ¡Dígalo! — insistió suavemente.

—¿Qué? —preguntó ella débilmente, desde lejos, como si sintiera algún dolor. La voz de él era ahora insosteniblemente cercana y suave. Él se aproximó mucho a ella.

—Diga que sí.

—Oh, no puedo —gimió ella indefensa, articulando a medias como si no estuviera del todo consciente, como si sufriera un dolor, igual que alguien que se está muriendo—. ¿Cómo podría hacerlo?

—Puede —dijo él en voz baja, poniendo la mano suavemente sobre su hombro mientras ella permanecía con la cabeza caída hacia un lado, aturdida—. Puede. Sí que puede. ¿Por qué dice que no puede? Puede. Puede.

Y con una inmensa ternura se inclinó hacia ella y tocó apenas su cuello con la barbilla.

—¡No! —gritó ella con un grito ahogado, histérico, apartándose de él y volviéndose para mirarlo—. ¿Qué quiere decir?

Pero no tenía aliento para hablar. Era como si la hubieran matado.

—Quiero decir lo que digo —insistió él, suave y cruelmente—. Quiero que se case conmigo. Quiero que se case conmigo. Ahora ya lo sabe, ¿verdad? Ahora ya lo sabe. ¿Verdad? ¿Verdad?

—¿Qué? —dijo ella.

—Que lo sabe —replicó él.

—Sí —dijo ella—. Sé que usted lo dice.

—Y sabe que lo digo en serio, ¿no?

—Sé que lo dice.

—¿Me cree?

Ella se quedó en silencio por un momento. Luego frunció los labios.

—No sé lo que creo —dijo.

—¿Están ahí? —se oyó la voz de Banford, llamando desde la casa.

—Sí, vamos a entrar la leña —contestó él.

—Creí que se habían perdido —dijo Banford desconsolada—. Dense prisa, vamos a tomar el té. El agua está hirviendo.

Él se inclinó inmediatamente para coger una brazada de pequeños troncos y llevarlos a la cocina, donde se apilaban en un rincón. March también ayudó,

llenando sus brazos y transportando los troncos contra su pecho como si fueran un niño de gran peso. La noche había caído y hacía frío.

Cuando los troncos estuvieron dentro, ambos se limpiaron ruidosamente las botas en el rascador que había fuera y luego las frotaron contra el felpudo. March cerró la puerta y se quitó su viejo sombrero de fieltro: su sombrero de granjera. Llevaba suelto su espeso pelo negro y su cara estaba pálida y cansada. Se apartó vagamente algunas mechas de la cara y se lavó las manos. Banford entró corriendo en la cocina tenuemente iluminada para sacar del horno los bollos que estaba manteniendo calientes.

—¿Qué han estado haciendo todo este tiempo? —preguntó nerviosamente—. Pensé que nunca entrarían. Y hace mucho que dejó usted de serrar. ¿Qué hacía ahí fuera?

—Bueno —dijo Henry—, tuvimos que tapar ese agujero en el granero para impedir que entren las ratas.

—Pero si yo lo veía ahí fuera, en el cobertizo. Podía ver las mangas de su camisa —lo desafió Banford—. Sí, estaba guardando la sierra.

Entraron a tomar el té. March estaba muda, con la cara pálida, vaga y cansada. El muchacho, cuyo rostro siempre tenía el mismo aspecto rubicundo, contenido, como si se reservara para sí mismo, había venido a tomar el té en mangas de camisa, como si estuviera en su propia casa. Se inclinaba sobre el plato mientras comía.

—¿No tiene frío —dijo Banford despreciativamente— en mangas de camisa?

Él la miró, con la barbilla cerca del plato, y sus ojos eran claros, transparentes e impávidos mientras la observaba.

—No, no tengo frío —dijo con su suave cortesía habitual—. Verá, hace mucho más calor aquí que fuera.

—Espero que sí —dijo Banford, sintiéndose irritada por él. Tenía una extraña y suave seguridad y una mirada brillante y cándida que esta noche la ponían nerviosa.

—Pero quizá —dijo él suave y cortésmente— no le guste que venga a tomar el té sin chaqueta. Lo olvidé.

—Oh, no me importa —dijo Banford, aunque sí le importaba.

—Iré a buscarla, ¿quiere? —dijo él.

Los ojos de March se volvieron lentamente hacia el joven.

—No, no se moleste —dijo con su singular tono nasal—. Si se siente bien así, quédese como está. —Hablabla con una brusca autoridad.

—Sí —dijo él—. Me siento bien, si no es una incorrección.

—Generalmente se considera una incorrección —dijo Banford—. Pero a nosotras no nos importa.

—¡Vamos! «Se considera una incorrección» —exclamó March—. ¿Quién lo considera una incorrección?

—Pues, tú misma, Nellie, en cualquier otra persona —dijo Banford, irguiéndose un poco detrás de sus gafas y sintiendo que la comida se le quedaba en la garganta.

Pero March volvía a tener su aspecto vago y ausente, masticando su comida como si no supiera que estaba comiendo. Y el muchacho miraba a una y a otra con ojos alertas y brillantes.

Banford estaba ofendida. A pesar de su delicada cortesía y de su voz suave, el muchacho le parecía insolente. No le gustaba mirarlo. No le gustaba encontrar sus ojos claros y vigilantes, no le gustaba ver el extraño brillo de su rostro, sus mejillas con ese vello fino y delicado, y su piel rubicunda, ligeramente opaca, y que sin embargo parecía arder con un curioso calor de vida. Mirarlo la hacía sentirse casi enferma: su presencia física era demasiado penetrante, demasiado ardiente.

Después del té la tarde fue muy silenciosa. El joven rara vez iba al pueblo. Generalmente leía: era un gran lector, en sus horas libres. Es decir, cuando empezaba, leía absorto. Pero nunca estaba muy ansioso por empezar. A menudo paseaba por los campos y a lo largo de los setos, por la noche, solo en la oscuridad, merodeando con un singular instinto de la noche y escuchando los sonidos de la naturaleza.

Esa noche, no obstante, tomó un libro del capitán Mayne Reid del estante de Banford, se sentó con las rodillas muy separadas y se sumergió en su historia. Su pelo castaño claro era largo y se extendía sobre su cabeza como una gruesa gorra, peinado hacia un lado. Aún estaba en mangas de camisa, e inclinado hacia adelante bajo la luz de la lámpara, con las rodillas muy separadas y el libro en su mano y toda su figura absorta en la fatigosa tarea de la lectura, daba al cuarto de estar de Banford el aspecto de un campamento de madereros. A ella le disgustaba esto. Porque en el suelo de su cuarto de estar tenía una alfombra turca roja, y a su alrededor el suelo estaba barnizado de oscuro, la chimenea tenía unos elegantes azulejos verdes, el piano estaba abierto con la músicaailable de moda —ella tocaba bastante bien— y en las paredes colgaban los cisnes y los nenúfares pintados por March. Además, con los leños ardiendo temblorosos en el hogar, las gruesas cortinas corridas, todas las puertas cerradas y los pinos silbando y agitándose fuera con el viento, el ambiente era confortable, refinado y agradable. A Banford le

molestaba el muchacho corpulento, rudo, de largas piernas, proyectando hacia fuera sus rodillas caqui y sentado allí con sus gemelos de soldado abotonados sobre sus gruesas muñecas rojas. De vez en cuando éste volvía una página, y cada tanto echaba una viva mirada al fuego y acomodaba los leños. Luego volvía a sumergirse en la intensa y aislada tarea de leer.

March, en el extremo opuesto de la mesa, hacía ganchillo espasmódicamente. Fruncía la boca de una manera extraña, como cuando había soñado que la cola del zorro la quemaba, y su hermoso y brillante cabello se separaba en guedejas. Pero toda su figura estaba absorta en sí misma, como si se hallara a millas de distancia. En una especie de semisueño parecía estar oyendo cantar al zorro alrededor de la casa, en el viento, oyéndolo cantar salvaje y dulcemente, como una locura. Con manos rojas pero bien formadas tejía lentamente el blanco algodón, muy lenta y torpemente.

Banford también estaba intentado leer, sentada en su silla baja. Pero entre aquellos dos se sentía inquieta. No dejaba de moverse y de volver la cabeza para escuchar el viento, y de mirar secretamente a sus dos acompañantes. March, sentada en una silla recta, con las rodillas cruzadas enfundadas en sus angostos pantalones y haciendo ganchillo lenta y laboriosamente, era también un problema.

—¡Dios mío! —dijo Banford—. Esta noche me duelen los ojos.

Y se apretó los ojos con los dedos.

El muchacho la miró con sus ojos claros y brillantes, pero no dijo nada.

—¿De veras, Jill? —dijo March con voz ausente.

Entonces el muchacho empezó a leer otra vez y Banford se vio obligada a volver a su libro. Pero no podía estarse quieta. Después de un rato miró a March y una sonrisa extraña, casi maligna, apareció en su delgada cara.

—Un penique por tus pensamientos, Nell —dijo de pronto.

March miró a su alrededor con sus grandes ojos oscuros, sobresaltados, y palideció como de terror. Había estado escuchando al zorro cantar tiernamente, tan tiernamente, mientras merodeaba alrededor de la casa.

—¿Qué? —dijo vagamente.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Banford sarcásticamente—. O dos peniques, si es que son tan profundos.

El joven las miraba con sus brillantes ojos claros desde debajo de la lámpara.

—Pero —se oyó la vaga voz de March nuevamente—, ¿por qué quieres malgastar tu dinero?

—Pensé que estaría bien empleado —dijo Banford.

—No estaba pensando en nada, salvo en cómo soplaba el viento —dijo March.

—Vaya —replicó Banford—, yo misma podía haber tenido pensamientos tan originales. Me temo que esta vez sí he malgastado mi dinero.

—Pues no tienes por qué pagármelos —dijo March.

El muchacho rió de pronto. Las dos mujeres lo miraron: March algo sorprendida, como si apenas se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—Pero ¿es que alguna vez pagan en estas ocasiones? —preguntó.

—Sí —dijo Banford—, siempre lo hacemos. A veces he tenido que darle a Nellie un chelín a la semana, en el invierno. En el verano cuesta mucho menos.

—¿Qué, pagarse mutuamente por los pensamientos? —rió él.

—Sí, cuando ya hemos agotado todo lo demás.

El joven rió brevemente, arrugando la nariz como un cachorro y riendo con súbito placer; sus ojos brillaban.

—Es la primera vez que oigo una cosa así —dijo.

—Supongo que la oiría bastante a menudo si pasara un invierno en la granja Bailey —dijo Banford con voz lastimosa.

—¿Tanto se cansan, entonces? —preguntó él.

—Tanto nos aburrimos —dijo Banford.

—Oh —dijo él gravemente—. ¿Pero por qué iban a aburrirse?

—¿Quién no se aburriría? —dijo Banford.

—Siento oírla decir eso —contestó él con gravedad.

—Debe sentirlo, si es que esperaba divertirse aquí —dijo Banford.

Él la miró larga y gravemente.

—Bueno —dijo, con su joven y extraña seriedad—, para mí ya es bastante divertido.

—Me alegro de oírlo —dijo Banford.

Y volvió a su libro. En su cabello frágil y fino había ya muchos mechones grises, aunque aún no tenía treinta años. El muchacho no bajó los ojos, sino que los volvió hacia March, que estaba sentada haciendo ganchillo laboriosamente con la boca fruncida, los ojos ausentes y muy abiertos. Tenía una piel fina, pálida y tibia, y una nariz delicada. Su boca fruncida le daba un aspecto gruñón. Pero esto se contradecía con el curioso arco levantado de sus cejas oscuras y el tamaño de sus ojos: un aspecto de sobresaltada sorpresa y de vaguedad. Estaba escuchando nuevamente al zorro, que parecía haberse alejado aún más en la noche.

El muchacho se sentó al filo de la luz de la lámpara, mirando hacia arriba, observándola silenciosamente, con los ojos redondos, muy despejados y atentos. Banford, mordiéndose los dedos con irritación, miraba al chico por debajo de su flequillo. Estaba allí sentado, perfectamente inmóvil, con la rubicunda cara vuelta hacia arriba bajo la luz, al borde de la penumbra, observando con una atención abstracta, perfecta. March levantó de pronto sus grandes ojos oscuros de la labor y lo vio. Se sobresaltó, lanzando una pequeña exclamación.

—¡Allí está! —gritó involuntariamente, como si estuviera muy asustada.

Banford la miró asombrada, irguiéndose.

—¿Qué te ocurre, Nellie? —exclamó.

Pero March, con el rostro delicadamente ruborizado, estaba mirando hacia la puerta.

—¡Nada! ¡Nada! —dijo malhumoradamente—. ¿No puede una hablar?

—Sí, si lo haces sensatamente —dijo Banford—. ¿Qué has querido decir?

—No sé lo que he querido decir —exclamó March de mal modo.

—Nellie, espero que no empieces a ponerte nerviosa. ¡Siento que no podría soportar nada más! ¿A quién te referías? ¿Te referías a Henry? —gritó la pobre Banford, asustada.

—Sí. Supongo que sí —dijo March lacónicamente. Jamás confesaría lo del zorro.

—¡Ay, mis nervios ya no resisten esta noche! —gimió Banford.

A las nueve March trajo una bandeja con pan, queso y té: Henry había confesado que le gustaba tomar una taza de té de vez en cuando. Banford bebió un vaso de leche y comió un poco de pan. Y al cabo dijo:

—Me voy a la cama, Nellie. Esta noche estoy muy nerviosa. ¿Vienes?

—Sí, iré en cuanto me haya llevado la bandeja —dijo March.

—No tardes, entonces —dijo Banford con impaciencia—. Buenas noches, Henry. Cuidará de que el fuego esté seguro si sube usted el último, ¿verdad?

—Sí, Srta. Banford. Cuidaré de que esté seguro —replicó él tranquilizadamente.

March estaba encendiendo la vela para ir a la cocina. Banford cogió su vela y subió. Cuando March volvió junto al fuego le dijo al muchacho:

—Supongo que podemos confiar en usted para apagar el fuego y todo lo demás. —Se quedó allí de pie con la mano apoyada en la cadera, una rodilla distendida, la cabeza vuelta tímidamente, como si no pudiera mirarlo. Él tenía el rostro levantado, observándola.

—Venga a sentarse un momento —dijo suavemente.

—No, he de irme. Jill estará esperando, y se pondrá nerviosa si no llego.

—¿Qué la hizo sobresaltarse así esta noche? —preguntó él.

—¿Cuándo me sobresalté? —replicó ella, mirándolo.

—Pues, hace un momento —dijo él—. Cuando gritó.

—¡Aquello! —dijo ella—. ¡Pensé que usted era el zorro! —Y su cara se contrajo en una extraña sonrisa, a medias irónica.

—¡El zorro! ¿Por qué el zorro? —preguntó él quedamente.

—Verá, una tarde, el verano pasado, cuando había salido con la escopeta, vi al zorro entre la hierba, casi a mis pies, mirándome fijamente. No sé... Supongo que me impresionó. —Volvió nuevamente la cabeza a un lado y movió ligeramente un pie, consciente de sí misma.

—¿Y le disparó? —preguntó el muchacho.

—No, me dio tal susto, mirándome fijamente como lo hizo... Luego se detuvo para mirar hacia atrás con una sonrisa en la cara.

—¡Una sonrisa en la cara! —repitió Henry, riendo—. La asustó, ¿verdad?

—No, no me asustó. Me impresionó, eso es todo.

—Y usted pensó que yo era el zorro, ¿no es eso? —rió él, con la misma risita rápida y extraña, como un cachorro arrugando el morro.

—Sí, por un momento lo pensé —dijo ella—. Quizá había estado pensando en él sin darme cuenta.

—Quizá piense que yo he venido a robarle sus pollos, o algo así —dijo él, con la misma risa joven.

Pero ella sólo lo miró con sus ojos oscuros, muy abiertos, vacíos.

—Es la primera vez —dijo él— que me toman por un zorro. ¿No quiere sentarse un momento? —Su voz era muy suave y convincente.

—No —dijo ella—. Jill estará esperando. —Pero no se fue, sino que se quedó allí balanceando un pie, con la cara vuelta a un lado, fuera del círculo de luz.

—¿Pero no contestará a mi pregunta? —dijo él, bajando aún más la voz.

—No sé a qué pregunta se refiere.

—Sí que lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Me refiero a la pregunta de si querrá casarse conmigo.

—No, no contestaré a esa pregunta —dijo ella llanamente.

—¿No lo hará? —la extraña y joven risa volvió a aparecer en su nariz—. ¿Es porque soy como el zorro? ¿Es por eso? —y siguió riendo.

Ella se volvió y lo miró con una mirada larga y lenta.

—Yo no dejaría que eso la volviera en contra mía —dijo él—. Déjeme bajar la luz de la lámpara, y venga a sentarse un momento.

Puso su mano roja bajo el brillo de la lámpara y súbitamente hizo que la luz bajara. March se quedó de pie en la penumbra, envuelta en sombras, pero sin moverse. Él se puso silenciosamente en pie, sobre sus largas piernas. Y ahora su voz era extraordinariamente suave y sugestiva, apenas audible.

—Se quedará un momento —dijo—. Sólo un momento. —Y puso la mano en su hombro. Ella apartó la cara—. Estoy seguro de que no piensa realmente que soy el zorro —dijo él, con la misma suavidad y con un atisbo de risa en su tono de voz, una burla sutil—. ¿Verdad? —Y la atrajo suavemente hacia él y besó su cuello, tiernamente. Ella se sobresaltó, temblando, y se apartó. Pero el brazo joven y fuerte del muchacho la retenía, y volvió a besarla de nuevo suavemente, otra vez en el cuello, ya que su rostro estaba apartado.

—¿No va a contestar a mi pregunta? ¿No va a hacerlo? —se oyó su voz suave, lenta. Estaba intentando atraerla hacia sí para besar su cara. Y lo hizo suavemente en la mejilla, cerca de la oreja.

En aquel momento se oyó la voz de Banford llamando nerviosa, airadamente, desde lo alto de la escalera.

—¡Ahí está Jill! —exclamó March, irguiéndose con un sobresalto.

Y al hacerlo, él, veloz como un rayo, la besó en la boca con un beso rápido, un roce. Eso pareció hacerla arder en todas sus fibras. Dio un grito extraño.

—Lo hará, ¿verdad? ¿Lo hará? —insistió él suavemente.

—¡Nellie! ¡Nellie! ¿Por qué tardas tanto? —se oyó el amedrentado grito de Banford desde la oscuridad exterior.

Pero él la retenía, y murmuraba con aquella intolerable suavidad e insistencia:

—Lo hará, ¿verdad? ¡Diga que sí! ¡Diga que sí!

March, que se sentía como si el fuego hubiera pasado a través de ella, abrasándola, y como si no pudiera hacer otra cosa, murmuró:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo que usted quiera! ¡Lo que usted quiera! ¡Pero déjeme ir! ¡Déjeme ir! Jill me está llamando.

—Sabe que lo ha prometido —dijo él insidiosamente.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo sé! —su voz se elevó de pronto en un grito agudo—. ¡Está bien, Jill, ya voy!

Sobresaltado, él la dejó ir, y ella subió inmediatamente.

Por la mañana, durante el desayuno, después de que el muchacho hubo dado una vuelta por la granja y se hubo ocupado de los animales, pensando que allí se podría vivir holgadamente, le dijo a Banford:

—¿Sabe una cosa, Srta. Banford?

—¿Qué? —dijo la buena de Banford, inquieta.

Él miró a March, que estaba extendiendo mermelada sobre su trozo de pan.

—¿Se lo digo? —le preguntó.

Ella lo miró y se ruborizó intensamente.

—Sí, si se refiere a Jill —dijo—. Espero que no irá a contarlo por todo el pueblo. —Y tragó su trozo de pan seco con dificultad.

—¿Qué quiere decirme? —dijo Banford, mirándolo con ojos muy abiertos, cansados, ligeramente enrojecidos. Era una persona delgada y frágil, y su cabello, que era fino y delicado, estaba cortado muy corto, enmarcando su rostro fatigado en tonos grises y marrones.

—Pues, ¿qué cree usted? —dijo él, sonriendo como alguien que tiene un secreto.

—¿Cómo iba a saberlo? —dijo Banford.

—¿No puede adivinarlo? —dijo él, haciendo que sus ojos brillaran y sonriendo, contento consigo mismo.

—Estoy segura de que no. Además, no voy a intentarlo.

—Nellie y yo vamos a casarnos.

Banford depositó el cuchillo con sus dedos finos y delicados como si nunca más fuera a volver a cogerlo. Miró al muchacho con ojos vacíos, enrojecidos.

—¿Qué? —exclamó.

—Vamos a casarnos. ¿Verdad, Nellie? —y se volvió hacia March.

—Al menos usted lo dice —dijo March lacónicamente. Pero una vez más enrojeció con un rubor de agonía. Ella tampoco podía seguir comiendo.

Banford la miró como un pájaro que ha sido herido; un pobre pajarillo enfermo. Miró a March, que había enrojecido vivamente, y en su cara se reflejaba su alma herida.

—¡Nunca! —dijo impotente.

—Es lo apropiado —dijo el muchacho, radiante.

Banford volvió la cabeza a un lado, como si la visión de la comida sobre la mesa la pusiera enferma. Se quedó así sentada por irnos momentos, como si se sintiera mal. Luego, con una mano en el borde de la mesa, se puso de pie.

—¡Nunca lo creeré, Nellie! —exclamó—. Es absolutamente imposible.

Su voz quejumbrosa tenía un tono de ira apasionada, de desesperación.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a creerlo? —preguntó el joven con una suave, aterciopelada impertinencia en su voz.

Banford lo miró con ojos muy abiertos, perdidos, como si fuera una criatura de museo.

—Porque ella nunca sería tan tonta. No puede perder su dignidad hasta tal punto —dijo lánguidamente—. Su voz era vaga, fría y quejumbrosa.

—¿De qué modo perderá su dignidad? —preguntó el muchacho.

Banford lo miró con una vaga fijeza desde detrás de sus gafas.

—Si es que no la ha perdido ya —dijo.

Él se puso rojo, de color bermellón, bajo la lenta, vaga mirada detrás de las gafas.

—No lo comprendo en absoluto —dijo.

—Probablemente no. No esperaba que lo comprendiese —dijo Banford, con ese suave tono remoto que hacía que sus palabras parecieran aún más insultantes.

El muchacho estaba rígido en su silla, mirándola con ojos azules y calientes, la cara escarlata. Su rostro había adquirido un aspecto desagradable.

—Por Dios, no sabe en lo que se está metiendo —dijo Banford con su voz vaga, quejumbrosa, insultante.

—¿Y qué tiene que ver eso con usted? —dijo el muchacho, enfadado.

—Más de lo que tiene que ver con usted, probablemente —replicó ella, quejosa y llena de veneno.

—Ah, ¿sí? No veo por qué —exclamó él.

—Usted no lo vería —contestó ella, vagamente.

—De todas maneras —dijo March, empujando hacia atrás su silla y levantándose torpemente—, no sirve de nada discutir sobre ello. Y cogió el pan y la tetera y se dirigió a la cocina.

Banford se pasó los dedos por la frente y por el pelo con aire confundido. Luego se volvió y se fue arriba.

Henry se quedó sentado, rígido y hosco, con el rostro y los ojos encendidos. March iba y venía, despejando la mesa. Pero Henry seguía sentado, rígido de rabia. No le prestaba ninguna atención. Ella había recobrado su compostura y su complexión clara, despejada. Pero tenía la boca fruncida. Miraba al muchacho cada vez que volvía a recoger cosas de la mesa, lo miraba con sus ojos grandes, curiosos, más por curiosidad que por otra cosa. ¡Un chico tan alto, tan sonrojado, tan malhumorado! No era más que eso. Parecía tan alejado de ella como si su roja cara fuera una chimenea roja en una casa al otro lado de los campos, y ella lo miraba igual de objetivamente, de remotamente.

Al cabo, el muchacho se levantó y salió fuera, al campo, con su escopeta. No volvió hasta la hora de la comida, con el demonio aún en su cara, pero sus modales eran bastante amables. Nadie dijo nada en particular; se sentaron cada uno formando los ángulos agudos de un triángulo, en obstinada lejanía. Por la tarde él volvió a salir inmediatamente con la escopeta. Regresó al anochecer con un conejo y una paloma. Se quedó en la casa durante toda la velada, pero apenas abrió la boca. Estaba de muy mal humor, sintiendo que lo habían insultado.

Los ojos de Banford estaban rojos; evidentemente había estado llorando. Pero su actitud era más remota y superior que nunca; el modo en que volvía la cabeza si él hablaba, como si el chico fuera un vagabundo o un intruso inferior, hacía que los ojos azules de él se volvieran casi negros de rabia. Su cara reflejaba un humor todavía peor. Pero nunca olvidaba su tono amable, si abría la boca para hablar.

March parecía florecer en esta atmósfera. Estaba sentada entre ambos antagonistas con una pequeña sonrisa maligna en la cara, disfrutando. Hasta había una especie de complacencia en la manera en que hacía ganchillo laboriosamente, esa noche.

Cuando estuvo en la cama, el joven oyó a las dos mujeres hablando y discutiendo en su habitación. Se incorporó y aguzó sus oídos para escuchar lo que decían. Pero no pudo oír nada; estaban demasiado lejos. No obstante, podía oír el suave goteo quejumbroso de la voz de Banford, y el tono más profundo de March.

La noche era silenciosa; helaba. Grandes estrellas aparecían fuera, más allá de las copas de los pinos. El muchacho escuchaba atentamente. En la distancia oyó el aullido de un zorro, y a los perros de la granja ladrando en respuesta. Pero no era eso lo que quería oír. Lo que quería oír era lo que decían las dos mujeres.

Se levantó sigilosamente de la cama y se quedó junto a su puerta. No oía más que antes. Muy cuidadosamente empezó a levantar la aldaba. Después de un momento consiguió abrir la puerta. Luego salió con sigilo al corredor. Las antiguas planchas de roble estaban frías bajo sus pies, y crujían terriblemente. Subió muy lentamente el único escalón y se deslizó a lo largo de la pared hasta que estuvo junto a la puerta de las muchachas. Y allí retuvo el aliento y escuchó. Banford decía:

—No, simplemente no podría soportarlo. Me moriría en un mes. Que es justamente lo que él quisiera, por supuesto. Ese sería su juego, verme en el cementerio. No, Nellie, si te casaras con él, nunca podríais quedaros aquí. Yo

no podría, no podría vivir en la misma casa que él. ¡Oh! El olor de sus ropas hace que me sienta enferma. Y su cara roja me da náuseas. No puedo comer cuando él está en la mesa. Qué estúpida fui al dejar que se quedara aquí. Nunca debería una tratar de hacer una buena acción. Siempre se vuelve contra ti como un boomerang.

—Bueno, sólo le quedan dos días —dijo March.

—Sí, gracias a Dios. Y cuando se vaya, no volverá a esta casa nunca más. Me siento tan mal cuando está aquí. Y sé, sé que sólo está pensando en lo que puede sacarte. Sé que no es nada más que eso. Es un mequetrefe, que no quiere trabajar, y que piensa que vivirá de nosotras. Pero no vivirá de mí. Si tú eres tan tonta como para permitirlo, es asunto tuyo. La señora Burgess lo conoció durante el tiempo que estuvo aquí. Y el viejo nunca pudo conseguir que trabajara. Salía con la escopeta a la primera ocasión, igual que hace ahora. ¡Nada más que la escopeta! Oh, lo detesto. No sabes lo que estás haciendo, Nellie, no lo sabes. Se irá y te dejará abandonada. Sé que lo hará, si no puede quitarnos la granja Bailey. Y no lo hará, mientras yo viva. Mientras yo viva no volverá a poner un pie aquí. Sé lo que sería. Pronto pensaría que es el amo de las dos, igual que ahora piensa que es tu amo.

—Pero no lo es —dijo Nellie.

—Cree que lo es, de todos modos. Y eso es lo que quiere: venir aquí y ser el amo. ¡Sí, imagínatelo! Para eso hemos arreglado este lugar, ¿verdad?, para que nos mande y ordene un muchacho odioso de cara enrojecida, un vulgar obrero. Oh, realmente cometimos un error cuando dejamos que se quedara aquí.

Y he tenido que luchar tanto contra todas las gentes de aquí, para que no me hicieran descender a su nivel. No, no vendrá aquí. Y entonces, ya verás. Si no puede quedarse con la granja, se irá al Canadá, o a algún otro sitio otra vez, como si nunca te hubiera conocido.

Y aquí estarás tú, absolutamente arruinada, en ridículo. Sé que nunca volveré a estar tranquila.

—Le diremos que no puede venir aquí. Se lo diremos —dijo March.

—No te preocupes, le diré eso, y otras cosas además, antes de que se vaya. No se saldrá con la suya mientras a mí me queden fuerzas para hablar. Oh, Nellie, te despreciará, te despreciará, como la horrible alimaña que es, si cedes a su voluntad. Yo no confiaría en él, igual que no confiaría en que un gato no va a robar. Es astuto, es astuto y autoritario, y totalmente egoísta, frío como el hielo. Lo único que quiere es utilizarte. Y cuando ya no le sirvas para nada, entonces te compadezco.

—Yo no creo que sea tan malo como todo eso —dijo Match.

—No, porque ha estado fingiendo contigo. Pero ya lo descubrirás, si sigues viéndolo. Ay, Nellie, no puedo soportar pensar en ello.

—Bueno, a ti no te perjudicará, Jill, querida.

—¿Que no? ¿Que no? No volveré a tener un momento de paz mientras viva, ni un momento de felicidad, No, Nellie... —y Banford empezó a llorar amargamente.

Fuera, el muchacho podía oír el sonido ahogado de los sollozos de la mujer y la voz suave, tierna, profunda de March consolando, con maravillosa delicadeza y ternura, a la mujer que lloraba.

Sus ojos estaban tan abiertos y redondos que le parecía ver la noche entera, y sus orejas parecían querer separarse de su cabeza. Estaba helado. Se arrastró hasta su cama, pero sentía que la parte superior de su cabeza estaba a punto de separarse del resto. No podía dormir. No podía mantenerse quieto. Se levantó, se vistió en silencio y volvió a salir sigilosamente al pasillo. Las mujeres estaban calladas. Bajó lentamente por la escalera y entró en la cocina.

Entonces se puso las botas y la chaqueta y cogió la escopeta. No pensaba irse de la granja. No, solamente cogió la escopeta. Abrió la puerta lo más suavemente posible y salió a la helada noche de diciembre. El aire estaba quieto, las estrellas brillaban, los pinos parecían erizarse audiblemente contra el cielo. Se alejó silenciosamente atravesando una empalizada, buscando algo a lo que disparar. Al mismo tiempo recordó que no debía disparar y asustar a las mujeres.

De modo que circundó la cubierta de aliaga y atravesó el soto de acebos altos y antiguos, en dirección al bosque. Allí rodeó la empalizada, mirando a través de la oscuridad con ojos dilatados que parecían ser capaces de volverse negros y ver en la oscuridad, como los de un gato. Un búho ululaba lenta y tristemente alrededor de una gran encina. El muchacho marchaba sigilosamente con su escopeta, escuchando y observando.

Cuando se paró bajo los robles del linde del bosque oyó a los perros de la casa vecina, colina arriba, aullar súbita e intranquilamente, y a los perros de las granjas cercanas, que se habían despertado, ladrar en respuesta. Y de pronto le pareció al muchacho que Inglaterra era pequeña y apretada; sintió que el paisaje estaba comprimido, aun en la oscuridad, y que había demasiados perros en la noche, haciendo un ruido como una empalizada de sonido, como la red de setos ingleses envolviendo el paisaje. Pensó que el zorro no tenía escapatoria. Ya que debía de ser el zorro el que había empezado todo este escándalo.

¿Y por qué no acecharlo? Sin duda se acercaría a olisquear por allí. El muchacho bajó la colina hasta llegar donde la granja, con sus escasos pinos, se acurrucaba en las sombras. Se agazapó tras la esquina del largo cobertizo, en la negra oscuridad. Sabía que el zorro vendría. Le parecía que sería el último de los zorros en esta Inglaterra de sonoros ladridos y voces roncadas, donde se apretaban innumerables casitas.

Se quedó allí largo tiempo con los ojos fijos e inmutables en el portón abierto, donde había una pequeña luz que parecía caer de las estrellas o del horizonte, quién sabe. El muchacho estaba sentado en un tronco en un rincón oscuro con la escopeta sobre las rodillas. Los pinos crujían. En un momento dado un pollo se cayó de su percha en el corral con un sonoro cacareo, produciendo una conmoción que lo sobresaltó, y el joven se puso de pie, mirando atentamente, pensando que podía ser una rata. Pero *presentía* que no era nada. De modo que volvió a sentarse con la escopeta sobre las rodillas y las manos debajo de la chaqueta para mantenerlas calientes, y los ojos abiertos y fijos en la pálida extensión del portón abierto. Sentía que podía oler el olor espeso, caliente, nauseabundo de los pollos vivos en el aire frío.

Y entonces, una sombra. Una sombra que se deslizaba en el portón. El muchacho reunió toda su visión en una chispa concentrada y vio la sombra del zorro, el zorro arrastrándose sobre su vientre a través de la entrada. Se arrastraba sobre el vientre, como una serpiente. El muchacho sonrió para sí y apoyó la escopeta sobre su hombro. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir. Sabía que el zorro iría a olisquear la puerta del gallinero, que estaba cerrada con tablas. Sabía que se quedaría allí un momento, olisqueando a los pollos que estaban dentro. Y luego empezaría a rondar una vez más bajo el borde del granero, esperando a entrar.

La puerta del gallinero estaba en lo alto de una ligera inclinación del terreno. Suave, suave como una sombra, el zorro se arrastró cuesta arriba y se agazapó con la nariz junto a los tablones. Y en ese mismo momento se oyó la estruendosa detonación de la escopeta reverberando entre los viejos edificios, como si la noche entera hubiera estallado. Pero el muchacho observaba fijamente. Hasta vio el blanco vientre del zorro mientras el animal agitaba las patas en su agonía. Entonces se acercó.

Todo estaba conmocionado. Las aves revoloteaban y cacareaban, los patos graznaban, el *pony* se levantó despavorido. Pero el zorro estaba sobre un costado, agitándose con los últimos temblores. El muchacho se inclinó sobre él y olió su olor zorruno.

Se oyó el sonido de una ventana abriéndose, y luego la voz de March:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo —dijo Henry—. He matado al zorro.

—¡Cielos! Casi nos mata del susto.

—¿De veras? Lo siento muchísimo.

—¿Qué le hizo levantarse?

—Le oí rondar por aquí.

—¿Y lo ha matado?

—Sí, está aquí —y el muchacho, en el jardín, levantó el animal muerto, aún caliente—. No puede verlo, ¿verdad? Espere un momento. —Y sacó su linterna del bolsillo y alumbró con ella el animal. Lo sostenía por la cola. March vio, en medio de la oscuridad, sólo el pelo rojizo y el blanco vientre y la parte inferior de la barbilla puntiaguda del animal, y las extrañas patas colgantes. No supo qué decir.

—Es precioso —dijo él—. Podrá hacerse un bonito abrigo.

—No me verá a mí con una piel de zorro —replicó ella.

—¡Oh! —dijo él, y apagó la linterna.

—Bueno, supongo que ahora entrará y se irá a la cama —dijo ella.

—Seguramente sí. ¿Qué hora es?

—¿Qué hora es, Jill? —se oyó la voz de March. Era la una menos cuarto.

Esa noche March tuvo otro sueño. Soñó que Banford estaba muerta y que ella, March, lloraba desesperadamente. Luego tenía que meter a Banford dentro de su ataúd. Y el ataúd era la tosca caja de madera donde se guardaban las astillas para el fuego, en la cocina, junto a la chimenea. Este era el ataúd, y no había ningún otro, y March estaba desesperada, aturdida, buscando algo para forrar la caja, algo para hacerla más suave, algo para cubrir a la pobrecita muerta. Porque no podía ponerla allí con su fino camión blanco, en esa horrible caja de madera. De modo que buscó y buscó, y cogió cosa tras cosa, y las arrojó lejos de sí en la agonía y frustración de su sueño. Y en la desesperación de su sueño lo único que pudo encontrar fue una piel de zorro. Sabía que no era lo adecuado, que esto no era lo que Banford debía tener. Pero era lo único que pudo encontrar. Así que plegó la cola del zorro, y apoyó la cabeza de su querida Jill sobre ella, y dobló la piel de zorro y la extendió sobre el cadáver, de modo que parecía formar un cobertor rojizo, de color de fuego, y lloró y lloró, y se despertó para descubrir que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Lo primero que ella y Banford hicieron por la mañana fue ir a ver el zorro. Henry lo había colgado por las patas en el cobertizo, con su pobre cola cayendo hacia atrás. Era un hermoso zorro joven, con una bella y espesa piel

invernal: de un bonito color rojo dorado, que se transformaba en gris cerca del vientre, y el vientre completamente blanco, y una cola espesa con la delicada punta de color negro, gris, y blanco.

—¡Pobre animal! —dijo Banford—. Si no fuera porque es un ladrón, daría pena.

March no dijo nada, pero se quedó allí con un pie a un lado, apoyada en una de sus caderas; su cara estaba pálida y sus ojos eran grandes y oscuros, mirando el animal muerto que colgaba boca abajo. Blanco y suave como la nieve su vientre: blanco y suave como la nieve. Pasó su mano delicadamente por la piel. Y su maravillosa cola teñida de negro era espesa y acariciable; maravillosa. Pasó también la mano por la cola, y se estremeció. Una y otra vez tomó la espesa piel de aquella gruesa cola entre los dedos y pasó su mano lentamente hacia abajo. Maravilloso, intenso, espeso esplendor el de esa cola. ¡Y el zorro estaba muerto! March frunció los labios y sus ojos se oscurecieron, vacíos. Luego cogió la cabeza entre las manos.

Henry se acercaba, de modo que Banford se alejó de manera bastante obvia. March estaba allí abstraída, con la cabeza del zorro entre las manos. Fantaseaba, pensaba en el largo morro puntiagudo. Por alguna razón le recordaba a una cuchara o una espátula. Sentía que no podía comprenderlo. El animal era un animal extraño para ella, incomprensible, fuera de su alcance. Tenía unos maravillosos bigotes color de plata, como hilos de hielo. Y orejas enhiestas, llenas de pelo. ¡Pero esa larga, esbelta cuchara que era su nariz! ¡Y los maravillosos clientes blancos debajo! Eran para acometer y morder, profundamente, en la presa viva, para morder y morder la sangre.

—Es un bello ejemplar, ¿verdad? —dijo Henry, de pie a su lado.

—Oh, sí, es un zorro hermoso y grande. Me pregunto de cuántos pollos es responsable —replicó ella.

—De muchos. ¿Cree que es el mismo que usted vio en el verano?

—Yo diría que es muy probable —contestó ella.

Él la miró, pero no pudo sacar nada en claro. En parte era tan tímida y virginal, y en parte era tan austera, tan directa, tan seca. Lo que ella le decía le parecía a él tan diferente de la mirada de sus grandes y extraños ojos oscuros.

—¿Va a despellejarlo? —preguntó ella.

—Sí, cuando haya desayunado, y tenga un tablón para clavarlo.

—¡Qué olor más fuerte tiene! Habrá que lavarse bien las manos. No sé por qué hice la tontería de tocarlo. —Y se miró la mano derecha, que había acariciado el vientre y la cola del zorro, y que hasta tenía una diminuta huella de sangre de una oscura mancha en su piel.

—¿Ha visto los pollos cómo se asustan, cuando lo huelen? —dijo él.

—Sí, ¿verdad?

—Cuidado, no vaya a coger alguna pulga.

—¡Bah, pulgas! —elijo ella, displicente.

Más tarde vio la piel del zorro clavada sobre una tabla, como si estuviera crucificado. Esto le produjo una incómoda sensación.

El joven estaba enfadado. Iba con la boca cerrada, como si se hubiera tragado parte de la barbilla. Pero su comportamiento era cortés y afable. No dijo nada acerca de sus intenciones. Y dejó tranquila a March.

Aquella noche se sentaron en el comedor. Banford ya no quería tenerlo en el cuarto de estar. Había un tronco muy grande en la chimenea. Y todo el mundo estaba ocupado. Banford tenía cartas que escribir, March estaba cosiendo un vestido, y él estaba recomponiendo un pequeño utensilio.

Banford dejaba de escribir sus cartas de vez en cuando para mirar a su alrededor y descansar sus ojos. El muchacho tenía la cabeza baja, el rostro escondido, haciendo su trabajo.

—Vamos a ver —dijo Banford—. ¿Qué tren va a tomar, Henry?

Él la miró directamente.

—El tren de la mañana. Por la mañana —dijo.

—¿Cuál, el de las ocho y diez o el de las once y veinte?

—El de las once y veinte, supongo —dijo él.

—¿Eso es pasado mañana? —dijo Banford.

—Sí, pasado mañana.

—¡Mmm! —murmuró Banford, y volvió a su escritura. Pero cuando estaba lamiendo un sobre preguntó:

—¿Y qué planes ha hecho para el futuro, si puedo preguntarlo?

—¿Planes? —dijo él, el rostro muy encendido y airado.

—Me refiero a usted y Nellie, si es que van a seguir adelante con este asunto. ¿Cuándo cree que va a ser la boda? —Hablaban en un tono burlón.

—Ah, la boda —replicó él—. No lo sé.

—¿No sabe nada? —dijo Banford—. ¿Va usted a irse el viernes dejando las cosas como están?

—¿Y por qué no? Siempre podemos escribirnos.

—Sí, claro que sí. Pero yo quería saberlo por la granja. Si Nellie va a casarse, tendré que buscar un nuevo socio.

—¿No podría quedarse aquí aunque estuviera casada? —dijo él. Sabía muy bien lo que le diría.

—Este no es lugar para un matrimonio —dijo Banford—. Por un lado no hay trabajo suficiente para mantener a un hombre. Y no se gana dinero. Es inútil pensar que pueden seguir viviendo aquí cuando se casen. ¡Imposible!

—Sí, pero yo no estaba pensando en quedarme aquí —dijo él.

—Bueno, eso es lo que quiero saber. ¿Y qué será de Nellie, entonces? ¿Cuánto tiempo se quedará ella aquí conmigo, en ese caso?

Los dos antagonistas se miraron.

—Eso no puedo decirlo —contestó él.

—Vamos, vamos —exclamó ella, petulante—. Tendrá alguna idea de lo que va a hacer, si le pide a una mujer que se case con usted. A menos que todo sea una broma.

—¿Por qué iba a ser una broma? Yo volveré al Canadá.

—¿Y va a llevársela con usted?

—Sí, claro.

—¿Oyes eso, Nellie? —dijo Banford.

March, que tenía la cabeza inclinada sobre su costura, levantó los ojos intensamente ruborizada, y con una extraña sonrisa sardónica en la mirada y en su boca fruncida.

—Esta es la primera vez que oigo que voy a ir al Canadá —dijo.

—Bueno, siempre tendrá que oír las cosas una primera vez, ¿verdad? —dijo el muchacho.

—Sí, supongo que sí —dijo ella displicentemente. Y volvió a su costura.

—Estás dispuesta a ir al Canadá, ¿verdad, Nellie? ¿Lo estás? —preguntó Banford.

March volvió a levantar los ojos. Dejó que sus hombros se relajaran, y la mano que sostenía la aguja descansó sobre su falda.

—Depende de *cómo* vaya —dijo—. No quiero ir apretujada en tercera, como la mujer de un soldado. Me temo que no estoy acostumbrada a eso.

El muchacho la observaba con ojos brillantes.

—¿Preferiría quedarse aquí mientras yo voy primero? —preguntó.

—Eso sería lo más indicado. No te comprometas a nada —dijo Banford—. Has de sentirte libre de irte o quedarte después de que él haya vuelto y te haya encontrado un sitio, Nellie. Cualquier otra cosa sería una locura, una locura.

—¿No cree —dijo el muchacho— que deberíamos casarnos antes de que yo me vaya, y luego ir juntos, o separados, según nos parezca?

—Creo que esa es una idea terrible —exclamó Banford.

Pero el muchacho estaba mirando a March.

—¿Qué opina usted?

Ella dejó que sus ojos vagaran por el espacio.

—Bueno, no lo sé —dijo—. Tendré que pensarlo.

—¿Por qué? —preguntó él, pertinentemente.

—¿Por qué? —ella repitió su pregunta en tono burlón y lo miró riendo, aunque su cara había vuelto a ruborizarse—. Yo diría que hay muchas razones para ello.

Él la miró en silencio. Parecía habersele escapado. Se había aliado con Banford contra él. Una vez más tenía esa mirada extraña, sardónica; se burlaría estoicamente de todo lo que él dijera o de lo que la vida pudiera ofrecerles.

—Claro —dijo él— que no quiero forzarla a hacer nada que no desee hacer.

—¡Ya lo creo que no! —exclamó Banford indignada.

A la hora de dormir Banford le dijo a March con voz plañidera:

—Súbeme la botella de agua caliente, ¿quieres, Nellie?

—Sí, lo haré —dijo Match, con la reticente buena voluntad que tan a menudo mostraba hacia su querida pero incierta Jill.

Las dos mujeres se fueron arriba. Después de un rato March dijo desde lo alto de la escalera: —Buenas noches, Henry. No voy a bajar. Se ocupará de la lámpara y del fuego, ¿verdad?

Al día siguiente Henry tenía el semblante ensombrecido y su cara de joven cachorro estaba hermética. Meditaba todo el tiempo. Él quería que March se casara con él y se volviera con él a Canadá. Y había estado seguro de que iba a hacerlo. No sabía por qué la quería. Pero la quería. Se había empeñado en ella. Y se sentía convulso con la furia de un muchacho al que se ha frustrado. ¡Sentirse frustrado, frustrado! Le hacía sentirse tan furioso que no sabía qué hacer consigo mismo. Pero se contuvo. Porque aun ahora las cosas podían resultar diferentes. Ella podría venir junto a él. Claro que podría. Era lo que le correspondía hacer.

Las cosas volvieron a ponerse tensas hacia el anochecer. Él y Banford se habían evitado durante todo el día. De hecho, Banford se fue al pueblo en el tren de las 11,20. Era día de mercado. Volvió en el tren de las 4,25. Cuando empezaba a caer la noche Henry vio su pequeña figura vestida con un abrigo azul oscuro y una boina del mismo color cruzando el primer prado de vuelta de la estación. Él estaba de pie debajo de uno de los perales silvestres, con las viejas hojas muertas a sus pies. Y observó la pequeña figura azul avanzando persistentemente a través del tosco prado maltratado por el invierno. Tenía los

brazos llenos de paquetes y avanzaba lentamente, frágil como era, pero con aquella endemoniada certeza que él tanto odiaba en ella. Se quedó allí, invisible debajo del peral, observando cada uno de sus pasos. Y si las miradas hubieran podido afectarla, habría sentido una barra de hierro en cada una de sus pantorrillas a medida que iba avanzando.

—Eres maligna, eso es lo que eres —decía él suavemente a través de la distancia—. Eres maligna. Espero que recibas tu merecido por todo el daño que me has hecho para nada. Espero que así sea. Malvada. Espero que tengas que pagar por ello. Lo harás, si los deseos cuentan para algo. Eres una criatura malvada.

Ella subía lentamente la colina. Pero aunque hubiera estado resbalándose hacia atrás en dirección a un pozo sin fondo a cada paso que diera, él no habría acudido a ayudarla con sus paquetes. Ah, allí iba March, caminando a grandes zancadas, con sus pantalones y su blusón corto. Andando colina abajo a gran velocidad, y hasta corriendo de vez en cuando, en su gran solicitud y deseo de acudir en ayuda de la pequeña Banford. El muchacho la observaba con ira en el corazón. ¡Vedla saltar una cuneta, y correr, correr, correr como si la casa se estuviera incendiando, sólo para llegar a ese pequeño objeto oscuro y reptante, allá abajo! Por ello, la Banford se quedó inmóvil y esperó. Y March se acercó a ella y cogió todos los paquetes, salvo un ramo de crisantemos amarillos. Estos siguió llevándolos la Banford. ¡Crisantemos amarillos!

—Sí, se te ve bien, ¿verdad? —dijo el muchacho suavemente en el aire del crepúsculo—. Se te ve bien, marchando colina arriba con un ramo de flores. Te las haré comer con el té si las abrazas tan fuerte. Y volvería a dártelas con el desayuno. Te daría flores. Nada más que flores.

Observó el avance de las dos mujeres. Podía oír sus voces: March siempre extrovertida y algo regañona en su ternura, Banford murmurando con cierta vaguedad. Evidentemente eran buenas amigas. Él no podía oír lo que decían hasta que llegaron a la empalizada del prado de la casa, que debían saltar. Entonces vio a March saltando valientemente las barras con todos los paquetes en los brazos, y en el aire quieto oyó la voz quejumbrosa de Banford:

—¿Por qué no me dejas ayudarte con los paquetes? —El tono de su voz tenía una nota quejosa, extraña. Luego se oyó la voz de March, robusta, osada:

—Puedo arreglármelas. No te molestes por mí. Ya tienes bastante con intentar salvar la valla.

—Sí, todo eso está muy bien —dijo Banford nerviosamente—. Dices «no te molestes por mí», y luego te sientes herida porque nadie piensa en ti.

—¿Cuándo me siento herida? —dijo March.

—Siempre. Siempre estás ofendida. Ahora te sientes ofendida porque no quiero que ese muchacho venga a vivir a la granja.

—No me siento para nada ofendida —dijo March.

—Sé que es así. Cuando se vaya pondrás mala cara. Sé que lo harás.

—¿Tú crees? —dijo March—. Ya lo veremos.

—Sí, desgraciadamente lo veremos. No me explico cómo te humillas de esa manera. No puedo comprender cómo puedes rebajarte tanto.

—Yo no me he rebajado —dijo March.

—No sé cómo lo llamas, entonces. Dejar que un chico como ése sea tan atrevido y descarado, y te ponga en ridículo. No sé qué opinión tienes de ti misma. ¿Cuánto crees que va a respetarte después? Dios mío, yo no quisiera estar en tus zapatos, si te casas con él.

—Claro que no. Mis botas son demasiado grandes para ti, y no lo bastante delicadas —dijo March con un sarcasmo que no encontró su blanco.

—Pensé que tenías demasiado orgullo. De veras, lo pensé. Una mujer tiene que mantener la cabeza alta, especialmente con un muchacho como ése. ¡Pero si es un impertinente! Hasta en el modo en que se nos impuso al principio.

—Nosotras le pedimos que se quedara —dijo March.

—No hasta que casi nos obligó a ello. Y luego es tan osado, tan seguro de sí mismo. Me saca de quicio. No puedo comprender cómo dejas que te trate tan vulgarmente.

—Yo no dejo que me trate vulgarmente —dijo March—. No te preocupes, nadie va a tratarme vulgarmente. Ni siquiera tú.

Había un tierno desafío y un cierto fuego en su voz.

—Sí, seguro que se va volver contra mí. Siempre termina así. Creo que lo haces sólo para mortificarme.

Ahora subían en silencio por la empinada colina cubierta de hierba y llegaban a lo alto, atravesando las matas de aliaga. Al otro lado del seto el muchacho las seguía en la penumbra, a una pequeña distancia. De vez en cuando, a través del enorme y antiguo seto de espinos blancos, que se habían convertido en árboles, veía las dos oscuras figuras subiendo la colina. Cuando llegó a lo alto de la cuesta vio la casa oscura en el crepúsculo, con un inmenso peral inclinándose desde el cercano gablete, y una diminuta luz amarilla brillando en la pequeña ventana lateral de la cocina. Oyó el ruido del cerrojo y

vio la puerta de la cocina abrirse a la luz al tiempo que las dos mujeres entraban. Ya estaban en casa.

¡Entonces esto era lo que pensaban de él! Era parte de la naturaleza del joven escuchar las conversaciones, de modo que no se sorprendía de lo que oía. Las cosas que la gente decía de él jamás le tocaban personalmente. Sólo estaba ligeramente sorprendido de la actitud de las mujeres la una con la otra. Y Banford le desagradaba profundamente. Y nuevamente se sintió atraído por March. Una vez más se sintió irresistiblemente atraído hacia ella. Sintió que había un secreto lazo, un hilo secreto entre ella y él, algo muy exclusivo, que excluía a todos los demás y hacía que él y ella se poseyeran el uno al otro secretamente.

Una vez más esperó que lo aceptara. Tuvo la esperanza, mientras la sangre se le encendía de pronto, de que ella aceptara casarse con él en seguida: en Navidad, lo más probable. Navidad no estaba lejos. Quería, pasara lo que pasara, forzarla a un rápido matrimonio y a la consumación con él. El futuro podían arreglarlo más tarde. Pero él esperaba que las cosas ocurrieran como él quería. Esperaba que esta noche se quedara un rato con él, después de que Banford se hubiera ido arriba. Esperaba poder tocar su suave y pálida mejilla, su extraño rostro asustado. Esperaba poder mirar de cerca sus oscuros ojos dilatados, atemorizados. Hasta esperaba poder poner la mano en su pecho y sentir sus suaves senos bajo la blusa. Su corazón latió fuerte y poderosamente al pensar en esto. Deseaba mucho hacerlo. Quería sentir sus suaves pechos debajo de la blusa. Ella siempre llevaba la chaqueta de hilo marrón abotonada hasta arriba. A él le parecía como un peligroso secreto, el que sus suaves pechos de mujer estuvieran abotonados dentro de ese uniforme. Además, le parecía que eran mucho más suaves, más tiernos, más hermosos, encerrados en esa túnica, que los pechos de Banford, debajo de sus vaporosas blusas y sus vestidos de gasa. La Banford tendría pequeños pechos de hierro, se dijo. Con toda su fragilidad y su timidez y su delicadeza, tendría diminutos pechos de hierro. Pero March, debajo de su cruda y tosca blusa de labrador, tendría pechos suaves y blancos, blancos y ocultos. Esto es lo que se decía a sí mismo, y su sangre ardía.

Cuando entró para tomar el té tuvo una sorpresa. Apareció en la puerta interior, su rostro vivo y encendidos y sus ojos azules brillantes, dejando caer la cabeza hacia adelante con su gesto habitual y deteniéndose en el umbral para observar el interior de la habitación, atenta y cautelosamente, antes de entrar. Llevaba un chaleco de mangas largas. Su rostro parecía realmente un fragmento del aire libre que había aparecido en el interior: como lo parecen

las bayas de acebo. Durante su segundo de pausa en el umbral vio a las dos mujeres sentadas a la mesa en extremos opuestos; las vio claramente. Y para su asombro March estaba vestida con un traje de opaco crêpe de seda verde. Su boca se abrió de sorpresa. Si a ella le hubiera crecido súbitamente un bigote él no se habría quedado más sorprendido.

—Vaya —dijo—, ¿se ha puesto un traje?

Ella lo miró, ruborizándose intensamente y, torciendo la boca en una sonrisa, dijo:

—Claro que sí. ¿Qué otra cosa quiere que lleve, sino un traje?

—Un uniforme de faena, claro —dijo él.

—Bah —exclamó ella displicente—, eso es sólo para el trabajo sucio de la granja.

—¿No es su vestimenta habitual, entonces? —dijo él.

—No, para la casa, no —dijo ella. Pero seguía ruborizada mientras servía el té. Él se sentó a la mesa, incapaz de quitarle los ojos de encima. Su vestido era un retazo muy simple de crêpe azul verdoso, con un respunte dorado alrededor de la parte superior y de las mangas, que llegaban hasta el codo. Estaba cortado sencillamente en la parte de arriba, con un escote redondo, y mostraba su garganta blanca y suave. Él ya conocía sus brazos, fuertes y musculosos, ya que a menudo la había visto con las mangas enrolladas. Pero la miraba de arriba abajo, de arriba abajo.

Banford, al otro lado de la mesa, no decía una palabra; jugueteaba con la sardina en su plato. Él había olvidado su existencia. Simplemente miraba a March, mientras se comía su pan con margarina a grandes bocados, olvidándose incluso de su té.

—Vaya, nunca había visto nada que hiciera mayor diferencia —murmuró con la boca llena.

—¡Oh, por Dios! —exclamó March sonrojándose aún más—. Cualquiera diría que soy un mono.

Y se levantó rápidamente y llevó la tetera junto al fuego, a la marmita. Y mientras se agachaba junto a la chimenea con el fustán verde a su alrededor el muchacho la miraba con los ojos más abiertos que nunca. A través de la tela su forma de mujer parecía suave y femenina. Y cuando March se puso en pie y caminó, vio sus piernas que se movían suavemente detrás de la moderna falda corta. Llevaba medias de seda negra y pequeños zapatos de charol con hebillas doradas.

No, era otro ser. Era algo completamente diferente. Viéndola siempre con sus pantalones de tela basta, anchos en las caderas, abotonados en las rodillas,

recios como una armadura, y con sus perneras marrones y sus gruesas botas, a él nunca se le había ocurrido pensar que tenía piernas y pies de mujer. Ahora se daba cuenta. Tenía las suaves piernas de una mujer, debajo de la falda, y era accesible. El muchacho enrojeció hasta la raíz de sus cabellos, metió la nariz dentro de su taza y bebió su té haciendo un pequeño ruido que hizo que Banford se removiera en su silla: y extrañamente, de pronto, se sintió un hombre, ya no un muchacho. Se sintió un hombre, con todo el grave peso de responsabilidad de un hombre. Una curiosa quietud, una gravedad descendió sobre su alma. Se sintió un hombre, tranquilo, con un poco del pesado destino del varón sobre él.

Ella estaba suave y accesible con su vestido. La idea lo alcanzó como una eterna responsabilidad.

—¡Por todos los cielos, que alguien diga algo! —exclamó Banford lastimosamente—. Esto parece un funeral.

El muchacho la miró, y ella no pudo soportar su cara.

—¡Un funeral! —dijo March, con una sonrisa ladeada—. Vaya, eso interrumpe mi sueño.

De pronto había pensado en Banford, en la caja de madera que era un ataúd.

—¿Qué, has estado soñando con una boda? —dijo Banford sarcásticamente.

—Eso debe haber sido —dijo March.

—¿La boda de quién? —preguntó el joven.

—No lo recuerdo —dijo March.

Se sentía tímida y torpe aquella noche, a pesar del hecho de que llevando un traje, su aspecto era mucho más subyugante que cuando llevaba su uniforme. Se sentía como si estuviera desnuda, expuesta. Se sentía casi indecorosa.

Hablaron vagamente de la partida de Henry a la mañana siguiente, e hicieron los preparativos habituales. Pero nadie habló del tema que ocupaba sus pensamientos. Aquella noche estuvieron callados y amables; Banford no tenía prácticamente nada que decir. Pero dentro de sí parecía tranquila, quizá benévola.

A las nueve, March trajo la bandeja con el sempiterno té y un poco de carne fría que Banford había conseguido. Era la última cena, de modo que Banford no quería estar desagradable. Sentía un poco de lástima por el muchacho, y le parecía que tenía que estar todo lo amable que pudiera con él.

Él quería que ella se fuera a la cama. Normalmente era la primera en subir. Pero ella seguía sentada en su silla debajo de la lámpara, mirando su libro de vez en cuando, y contemplando el fuego. Un profundo silencio se había hecho en la habitación. Fue roto por la voz de March, preguntando en voz baja:

—¿Qué hora es, Jill?

—Las diez y cinco —dijo Banford mirando su reloj.

Y después, el silencio. El muchacho había levantado la vista del libro que sostenía en sus rodillas. Su cara ancha, de forma felina, tenía un aire obstinado, sus ojos estaban vigilantes.

—¿Qué te parece si nos vamos a la cama? —dijo March por fin.

—Yo estoy dispuesta cuando tú lo estés —dijo Banford.

—Muy bien —dijo March—. Llenaré tu botella.

Hizo lo que dijo. Cuando la botella de agua caliente estuvo preparada, encendió una vela y subió con ella. Banford permaneció en su silla, escuchando atentamente. March volvió a bajar.

—Bueno, ya está —dijo—. ¿Vas a subir?

—Sí, dentro de un minuto —dijo Banford. Pero el minuto pasó, y siguió sentada en su silla debajo de la lámpara.

Henry, cuyos ojos brillaban como los de un gato mientras observaba la escena, y cuya cara parecía más ancha, más felina, con una inalterable obstinación, se levantó entonces para poner en práctica su ardid.

—Creo que iré a ver si consigo ver a la zorra —dijo—. Podría estar por los alrededores. ¿No quiere venir también un momento, Nellie, por si conseguimos ver algo?

—¡Yo! —exclamó March, levantando los ojos con el rostro sobresaltado, interrogante.

—Sí. Venga —dijo él. Era maravilloso lo suave, cálida y convincente que podía ser su voz, lo cercana. El mero sonido de su voz hacía hervir la sangre de Banford.

—Venga un momento —dijo el muchacho, mirando el rostro levantado, inseguro de March.

Y ella se puso en pie como si fuera atraída por la cara joven y rubicunda que la miraba.

—¡Me imagino que no irás a salir a esta hora de la noche, Nellie! —exclamó Banford.

—Sí, sólo por un momento —dijo el joven, mirando a March y hablando con un extraño tono agudo.

March los miró a los dos, como si se sintiera confundida. Banford se puso en pie para la batalla.

—Pero, es ridículo. Hace mucho frío. Cogerás una pulmonía con ese vestido tan liviano. Y con esos zapatos. No saldrás.

Hubo un momento de pausa. Banford se irguió como un pequeño gallo de pelea, enfrentándose a March y al muchacho.

—Oh, no tiene por qué preocuparse —replicó él—. Un momento bajo las estrellas no le hará daño a nadie. Cogeré la manta del sofá del comedor. Usted viene, Nellie.

Su voz tenía tanta furia y desprecio cuando hablaba con Banford, y tanta ternura y orgullosa autoridad cuando hablaba con March, que esta última respondió:

—Sí, voy.

Y se volvió con él hacia la puerta.

Banford, allí de pie en medio de la habitación, lanzó de pronto un largo gemido y estalló en sollozos. Se cubrió la cara con sus delgadas manos, y sus frágiles hombros se sacudieron en una agonía de llanto. March la miró desde la puerta.

—¡Jill! —gritó frenéticamente, como alguien que acaba de despertar. E hizo un movimiento como para acercarse a su querida Jill.

Pero el muchacho tenía cogido el brazo de March, y ella no podía moverse. No sabía por qué no podía moverse. Era como en un sueño, cuando el corazón se esfuerza y el cuerpo no puede hacer un movimiento.

—No importa —dijo el joven en voz baja—. Déjela llorar. Déjela llorar. Tendrá que llorar tarde o temprano. Y las lágrimas aliviarán sus sentimientos. Le harán bien.

Entonces condujo a March lentamente a través del umbral. Pero la última mirada de ella fue para la pobre figurilla de pie en medio de la habitación, con la cara cubierta y sus delgados hombros sacudidos por un amargo llanto.

En el comedor él cogió la manta y dijo:

—Cúbrase con esto.

Ella obedeció. Y llegaron a la puerta de la cocina, él sosteniéndola suave y firmemente por el brazo, aunque ella no lo sabía. Cuando vio la noche en el exterior hizo un movimiento hacia atrás.

—Debo volver con Jill —dijo—. Debo volver.

El tono de su voz parecía definitivo. El muchacho la soltó y ella se volvió hacia el interior de la casa. Pero él volvió a cogerla y la detuvo.

—Espere un momento —dijo—. Espere un momento. Aunque vaya, no lo hará todavía.

—¡Déjeme! ¡Déjeme! —gritó ella—. Mi sitio está junto a Jill. Pobrecita, está llorando con todo su corazón.

—Sí —dijo el joven amargamente—. Y con el de usted también, y con el mío.

—¿Su corazón? —dijo March. Él aún la tenía cogida, deteniéndola.

—¿No es tan bueno como el suyo? —dijo—. ¿O usted cree que no?

—¿Su corazón? —repitió ella, incrédula.

—¡Sí, el mío! ¡El mío! ¿Cree que no tengo un corazón?

Y con sus manos ardientes cogió una de las suyas y la apoyó contra su pecho.

—Ahí está mi corazón —dijo—, si es que no cree en él.

Fue la curiosidad lo que la hizo prestar atención. Y entonces sintió el latido profundo, pesado, poderoso de su corazón, terrible, como algo del más allá. Era como algo del más allá, algo horrible que llegaba de fuera, llamándola. Y la llamada la paralizó. Golpeó su alma misma, y la dejó impotente. Se olvidó de Jill. Ya no podía pensar en Jill. No podía pensar en ella. ¡Aquella terrible señal desde fuera!

El muchacho puso su brazo alrededor de la cintura de March.

—Venga conmigo —dijo suavemente—. Venga, y digamos lo que tenemos que decir.

Y la atrajo hacia afuera y cerró la puerta. Y ella lo siguió oscuramente por el sendero del jardín. ¡Que tuviera un corazón que latía! ¡Y que la rodeara con su brazo, por encima de la manta! Ella estaba demasiado confusa como para pensar quién era él; o lo que era.

Él la llevó a un oscuro rincón del cobertizo, donde había una caja de herramientas con tapa, larga y baja.

—Nos sentaremos aquí un momento —dijo.

Y ella, obediente, se sentó a su lado.

—Deme su mano —dijo él.

Ella le dio ambas manos, y él las sostuvo entre las suyas. Era joven, y esto le hizo temblar.

—Se casará conmigo. Se casará conmigo antes de que me vuelva, ¿verdad? —suplicó.

—¿No somos un par de locos? —dijo ella.

Él la había puesto en el rincón, para que ella no pudiera mirar hacia fuera y ver la ventana encendida en la casa, al otro lado del jardín. Intentaba

conservarla para él, allí en el cobertizo.

—¿Por qué somos un par de locos? —dijo—. Si usted viene a Canadá conmigo, yo tengo un empleo y un buen salario esperándome, y es un lugar bonito, cerca de las montañas. ¿Por qué no iba a casarse conmigo? ¿Por qué no íbamos a casarnos? A mí me gustaría tenerla allí conmigo. Me gustaría sentir que tengo a alguien allí, detrás de mí, toda la vida.

—Encontraría fácilmente a alguien que le fuera mejor —dijo ella.

—Sí, es muy posible que encontrara a otra chica. Sé que podría. Pero no a alguien que quisiera realmente. Nunca he conocido a ninguna que quisiera para siempre. Verá, estoy pensando en mi vida entera. Si me caso, quiero sentir que es para toda la vida. Las otras chicas... Bueno, son sólo chicas, están bien para divertirme un poco. Pero cuando pienso en mi vida, entonces sentiría mucho tener que casarme con una de ellas.

—Quiere decir que no serían buenas esposas.

—Sí, eso es lo que quiero decir. Pero no me refiero a que no cumplirían con su deber para conmigo. Quiero decir que... No sé lo que quiero decir. Sólo que cuando pienso en mi vida, y en usted, las dos cosas van juntas.

—¿Y qué pasaría si no fuera así? —dijo ella con su extraño tono sardónico.

—Bueno, yo creo que lo será.

Se quedaron un rato en silencio. Él sostenía las manos de March entre las suyas, pero no le hizo el amor. Desde que se había dado cuenta de que ella era una mujer, y vulnerable, accesible, una cierta gravedad se había adueñado de su alma. No quería hacerle el amor. Rechazaba cualquier actitud como ésa, casi con miedo. Ella era una mujer, y vulnerable, finalmente accesible para él, y él rehuía lo que yacía en el futuro, casi con temor. Era una especie de oscuridad en la que sabía que finalmente entraría, pero en la cual no quería pensar todavía. Ella era la mujer, y él era responsable de la extraña vulnerabilidad que había descubierto de pronto en ella.

—No —dijo ella por fin—, soy una loca. Sé que soy una loca.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por seguir adelante con este asunto.

—¿Se refiere a mí? —dijo él.

—No, me refiero a mí misma. Estoy haciendo el ridículo.

—¿Por qué, porque no quiere casarse conmigo, en realidad?

—De hecho no sé si estoy en contra de ello. Es eso, justamente. No lo sé.

Él la miró en la oscuridad, intrigado. No tenía idea de a qué se refería.

—¿Y no sabe si le gusta estar ahora sentada aquí conmigo, o no? —preguntó él.

—No, realmente no lo sé. No sé si tengo ganas de estar en otro sitio, o si me gusta estar aquí. La verdad es que no lo sé.

—¿Le gustaría estar con la señorita Banford? ¿Le gustaría haberse ido a la cama con ella? —preguntó él, como un desafío.

Ella esperó largo tiempo antes de contestar.

—No —dijo por fin—. No deseo eso.

—¿Y cree que pasaría toda la vida con ella... cuando su cabello se vuelva blanco, y ya sea vieja? —dijo él.

—No —dijo ella sin dudar demasiado—. No nos imagino juntas cuando seamos ancianas.

—¿Y no cree que cuando yo sea un anciano y usted sea una anciana, podríamos estar todavía juntos, como lo estamos ahora? —dijo él.

—Bueno, no como estamos ahora —replicó ella—. Pero podría imaginar... No, no puedo. No puedo imaginarlo a usted como un anciano. Además, es horrible.

—¿Qué, ser un anciano?

—Sí, claro.

—No cuando llega el momento —dijo él—. Pero no ha llegado. Sólo que llegará. Y cuando llegue, me gustaría pensar que usted estará también allí.

—Una especie de pensión para la vejez —dijo ella secamente.

El humor sardónico de March siempre lo sobresaltaba. Nunca sabía lo que quería decir. Probablemente, ni ella misma lo sabía.

—No —dijo, con tono herido.

—No sé por qué insiste en la vejez —dijo ella—. No tengo noventa años.

—¿Alguien ha dicho que los tuviera? —dijo él, ofendido.

Se quedaron un rato en silencio, yendo por caminos diferentes en la quietud.

—No quiero que se burle de mí —dijo él.

—¿No? —replicó ella, enigmática.

—No, porque en este momento hablo en serio. Y cuando hablo en serio, creo que nadie debe burlarse de ello.

—Quiere decir que nadie más debe burlarse de usted —replicó ella.

—Sí, eso es lo que quiero decir. Y creo que ni yo mismo debo burlarme de ello. Cuando me ocurre que me pongo serio... Pues, no me gusta que nadie se ría.

Ella se quedó callada un momento. Luego dijo, con una voz vaga, casi dolorida:

—No, yo no me estoy riendo de usted.

Una ola caliente se elevó en el corazón del muchacho.

—¿Me cree, verdad? —preguntó.

—Sí, le creo —replicó ella, con un atisbo de su antigua, cansada displicencia, como si cediera porque estaba cansada. Pero a él no le importó. Su corazón estaba ardoroso y anhelante.

—¿Entonces está de acuerdo en casarse conmigo antes de que me vaya? ¿Quizá en Navidad?

—Sí, estoy de acuerdo.

—¡Muy bien! —exclamó él—. Ya está decidido.

Y se quedó sentado en silencio, inconsciente, con toda su sangre ardiendo en sus venas, como fuego en todas sus ramas. Sólo apretó las dos manos de ella contra su pecho, sin saberlo. Cuando la curiosa pasión empezó a ceder, pareció despertar al mundo.

—Entremos, ¿quiere? —dijo, como si se diera cuenta de que hacía frío.

Ella se levantó sin responder.

—Bésemme antes de irse, ahora que lo ha dicho —dijo él.

Y la besó suavemente en la boca, con un beso joven, asustado. A ella le hizo sentirse joven, también, y asustada, y confusa. Y cansada, cansada, como si fuera a dormirse.

Entraron en la casa. Y en el cuarto de estar, agachada junto al fuego como una extraña brujita, estaba Banford. Los miró con ojos enrojecidos cuando entraron, pero no se levantó. Él pensó que tenía un aspecto aterrador, poco natural, allí agachada, mirándolos. Le pareció que su aspecto era maligno, y cruzó los dedos.

Banford vio la cara rubicunda, exaltada del muchacho: parecía extrañamente alto y brillante y amenazador. Y March tenía una mirada delicada; quería ocultar su rostro, protegerlo, no dejar que se viera.

—Por fin han vuelto —dijo Banford desagradablemente.

—Sí, hemos vuelto —dijo él.

—Han tardado lo suficiente para cualquier cosa —dijo ella.

—Sí, así es. Lo hemos decidido. Nos casaremos lo antes posible —replicó él.

—Ah, lo han decidido, ¿eh? Bueno, espero que no se arrepientan de ello —dijo Banford.

—Yo también lo espero —replicó él.

—¿Te vas a la cama *ahora*, Nellie? —dijo Banford.

—Sí, ahora me voy.

—Entonces, ¡vamos ya, por Dios!

March miró al muchacho. Este la observaba a ella y a Banford con ojos brillantes. March lo miraba anhelante. Deseaba poder quedarse con él. Deseaba haberse casado ya con él, y que todo hubiera terminado. Porque, de pronto, ¡se sentía tan segura con él! Se sentía extrañamente segura y apaciguada en su presencia... Si pudiera dormir en su refugio, y no con Jill. Tenía miedo de ella. En su estado vago, tierno, era una agonía tener que irse con Jill y dormir con ella. Quería que el chico la salvara. Lo miró nuevamente.

Y él, observándola con ojos brillantes, adivinó algo de lo que sentía. Le preocupaba y le apenaba que tuviera que irse con Jill.

—No olvidaré lo que me ha prometido —dijo, mirándola directamente a los ojos, de manera que pareció ocuparla toda entera con su mirada extraña y brillante.

Ella le sonrió ligeramente, con suavidad. Se sentía segura otra vez: segura con él.

Pero a pesar de todas las precauciones del muchacho, tuvo un contratiempo. La mañana del día en que iba a dejar la granja hizo que Match le acompañase al pueblo, a unas seis millas de distancia, donde fueron al registrador e hicieron que se publicaran sus nombres como los de dos personas que desean casarse. Él iba a volver en Navidad y la boda tendría lugar entonces. Esperaba poder llevar a March al Canadá en la primavera, ahora que la guerra realmente había terminado. Aunque era tan joven, había ahorrado algún dinero.

—Nunca se ha de estar sin algún dinero que te respalde, si puedes evitarlo —decía.

De modo que ella lo vio partir en el tren que iba al Oeste: su campamento estaba en Salisbury Plain. Y lo vio partir con sus grandes ojos oscuros, y le pareció que todo lo que era real en la vida se alejaba a medida que se alejaba el tren junto con su cara extraña, rubicunda, esa cara que parecía tan ancha en las mejillas, y que nunca parecía cambiar de expresión, salvo cuando una nube de enconada furia se cernía sobre su ceño, o cuando sus ojos brillantes se quedaban fijos en una mirada. Esto es lo que ocurría ahora. Él se asomó a la ventanilla del vagón al tiempo que el tren se ponía en marcha, diciendo adiós y mirándola, pero su rostro no había cambiado. No había ninguna emoción en su cara. Sólo sus ojos se entrecerraron y se volvieron fijos y

atentos, como los de un gato cuando de pronto ve una cosa y se queda mirándola fijamente. Los ojos del muchacho la miraron fijamente mientras el tren se alejaba, y ella se quedó sintiéndose intensamente apenada. Faltándole su presencia física, parecía no haberle quedado nada de él. Y no le quedaba nada de nada. Sólo su cara estaba fija en su mente: las mejillas llenas, rubicundas, inalterables, y la nariz recta y los ojos que la miraban. Lo único que podía recordar era cómo arrugaba de pronto la nariz cuando reía, como hace un cachorro cuando gruñe jugueteando. Pero de él, de sí mismo, y de lo que era, ella no sabía nada; no tenía nada de él cuando la dejó.

En el noveno día después de su partida, él recibió esta carta:

«Querido Henry:

He estado pensando otra vez en todo esto, en este asunto de usted y mío, y me parece imposible. Cuando usted no está me doy cuenta de lo absurda que soy. Cuando está aquí, parece impedirme ver las cosas tal como son en realidad. Hace que vea las cosas de un modo irreal, no sé cómo. Luego, cuando vuelvo a estar sola con Jill, vuelvo otra vez en mí y me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo, y de que lo estoy tratando a usted injustamente. Porque debe de ser injusto para usted el que yo siga con esta relación cuando no puedo sentir en mi corazón que le amo de verdad. Sé que la gente dice muchas tonterías acerca del amor, y yo no quiero hacer eso. Quiero atenerme a los hechos simples y actuar de un modo sensato. Y eso es lo que me parece que no estoy haciendo. No veo razón para casarme con usted. Sé que no estoy locamente enamorada de usted, como imaginaba estarlo de otros muchachos cuando era una chiquilla insensata. Usted es un extraño para mí, y me parece que siempre seguirá siéndolo. De modo que, ¿en base a qué voy a casarme con usted? Cuando pienso en Jill, ella es diez veces más real para mí. La conozco, y la quiero mucho, y me detestaría a mí misma si alguna vez le hiciera el más mínimo daño. Tenemos una vida juntas. Y aun cuando no pueda durar para siempre, es una vida, mientras dure. Y podría durar mientras las dos sigamos vivas. ¿Quién sabe cuánto nos queda de vida? Ella es una persona muy delicada; quizá nadie más que yo sepa cuán delicada es. Y en cuanto a mí, pienso que podría caerme al pozo cualquier día de estos. Pero a quien no veo para nada es a usted. Cuando pienso en lo que he sido y en lo que he hecho con usted, temo que debo de estar un poco loca. Sentiría saber que el reblandecimiento del cerebro me está empezando a edad tan temprana, pero eso es lo que parece. Es usted hasta tal punto un extraño, y tan diferente de aquello a lo que estoy acostumbrada, que al parecer, no tenemos

nada en común. En cuanto al amor, la palabra misma parece imposible. Sé lo que significa el amor, hasta en el caso de Jill, y sé que en esta relación con usted es una imposibilidad absoluta. Y luego, lo de irnos a Canadá. Tuve que estar loca cuando le prometí una cosa así. Estoy asustada de mí misma, Temo hacer alguna tontería de la cual no sea responsable, y acabar mis días en un manicomio. Quizá es allí donde debería estar después de todo lo que le he dicho, pero la idea no me agrada en absoluto. Gracias a Dios que Jill está aquí, y el hecho de que así sea hace que me sienta cuerda nuevamente; de otro modo no sé lo que haría. Podría tener un accidente con la escopeta una tarde. Quiero a Jill, y ella hace que me sienta cuerda y segura, con su cariñoso enfado conmigo, por ser tan tonta. En fin, lo que quiero decir es: ¿permitirá que lo olvidemos todo? Yo no puedo casarme con usted, y la verdad es que no haré tal cosa si me parece un error. Todo es un gran error. He hecho el ridículo, y lo único que puedo hacer es disculparme ante usted y pedirle por favor que lo olvide, y que no vuelva a pensar en mí. Su piel de zorro está casi lista, y creo que ha quedado bien. Se la enviaré por correo si me hace saber si esta dirección sigue siendo la suya, y si acepta mis disculpas por el modo horrible en que me he comportado con usted, y luego olvida todo este asunto.

Jill le envía recuerdos cariñosos. Sus padres están pasando las Navidades con nosotros.

Sinceramente suya,
Ellen Match».

El muchacho leyó esta carta en el campamento mientras estaba limpiando su equipo. Apretó los dientes y por un momento se puso casi pálido, amarillo de furia alrededor de los ojos. No dijo nada, no vio nada, y no sintió nada salvo una furia lívida que no le permitía razonar. ¡Rechazado! ¡Rechazado otra vez! ¡Rechazado! Él quería a aquella mujer, se había empeñado en conseguirla. Sentía que esa era su sentencia, su destino y su recompensa: conseguir a esa mujer. Ella era su cielo y su infierno en la tierra, y no quería a ninguna otra. Ciego de rabia y de ira frustrada pasó la mañana. En su mente estaba planeando una salida; de otro modo habría cometido un acto de locura. En lo más hondo de sí mismo tenía ganas de aullar y de rugir y de apretar los dientes, y de romper cosas. Pero era demasiado inteligente. Sabía que la sociedad podía con él, y que debía trazar un plan. De modo que con los dientes apretados, y la nariz ligeramente levantada, como un animal vicioso, y una mirada fija en los ojos, realizó las tareas de la mañana borracho de ira y de frustración. En su mente sólo había una cosa: Banford. No hizo ningún

caso de lo que le había dicho March. Tenía una dolorosa espina clavada en el cerebro. Banford. En su cerebro, en su alma, en todo su ser, había una espina que le dolía hasta la locura. Y tendría que arrancársela. Tendría que arrancar la espina de Banford de su vida, aun cuando tuviera que morir por ello.

Con esta idea fija en su mente fue a pedir un permiso de veinticuatro horas. Sabía que no le correspondía. Su conciencia estaba sobrenaturalmente agudizada. Sabía a quién debía acudir: debía acudir al capitán. ¿Pero cómo podía encontrarlo? En aquel gran campamento de tiendas y chozas de madera no tenía idea de dónde podía estar su capitán.

Pero fue a la cantina de los oficiales. Y allí estaba su capitán, hablando con tres oficiales. Henry se cuadró en el umbral.

—¿Puedo hablar con el capitán Berryman? —el capitán era de Cornualles, como él.

—¿Qué quiere? —dijo el capitán.

—¿Puedo hablar con usted, capitán?

—¿Qué quiere? —replicó el capitán, sin moverse del grupo de oficiales.

Henry miró a su superior durante un momento sin hablar.

—No me lo negará, señor, ¿verdad? —preguntó gravemente.

—Depende de lo que sea.

—¿Me concede un permiso de veinticuatro horas?

—No, y ni siquiera sé por qué lo pregunta.

—Y a lo sé, pero debo pedírselo.

—Ya ha tenido su respuesta.

—No me despida, capitán.

Había algo extraño en el muchacho, allí de pie, tan inalterable, en el umbral. El capitán de Cornualles se dio cuenta de ello al instante, y lo miró vivamente.

—¿Por qué, qué ocurre? —dijo, curioso.

—Tengo un problema. Debo ir a Blewbury —dijo el muchacho.

—Blewbury, ¿eh? ¿Tras de las chicas?

—Sí, es una mujer, capitán.

Y el muchacho, allí de pie con la cabeza echada un poco hacia adelante se puso terriblemente pálido, o amarillo, y sus labios parecieron emitir dolor. El capitán lo vio y también palideció un poco. Volvió la cabeza.

—Vaya, entonces —dijo—. Pero, por Dios, no cause ningún problema.

—No lo haré, capitán. Gracias.

Y desapareció. El capitán, preocupado, pidió una ginebra con *bitters*. Henry se las arregló para alquilar una bicicleta. Eran las doce cuando salió del

campamento. Debía atravesar sesenta millas de caminos secundarios, húmedos y encenagados. Pero montó en la bicicleta y se puso en camino sin pensar siquiera en la comida.

En la granja, Match estaba ocupada con un trabajo que hacía tiempo quería llevar a cabo. Un grupo de abetos escoceses se erguía al final del cobertizo abierto, en un pequeño bancal donde se hallaba la valla entre los dos grados de aliaga. El último de estos árboles estaba muerto; se había muerto durante el verano, y se erguía con todas sus agujas marchitas en el aire. No era un árbol muy grande. Y estaba absolutamente muerto. De modo que March decidió cortarlo, aunque no se les permitía cortar ningún árbol. Pero constituiría una leña espléndida, en aquellos días de escasez de combustible.

Había estado haciendo algunos cortes furtivos en el tronco, golpeándolo con el hacha de vez en cuando, durante cinco minutos, en la parte baja, cerca del suelo, de modo que nadie lo notara. No había intentado utilizar el serrucho, ya que era demasiado trabajo para ella sola. Ahora el árbol tenía una profunda brecha en: su base, apoyado, por así decirlo, en un nervio, y listo para caer. Pero no caía.

Eran las últimas horas de una tarde de diciembre, húmeda, con frías neblinas que llegaban desde el bosque y subían por los valles, y la oscuridad esperaba para descender desde lo alto. Había una tonalidad amarilla donde el sol se desvanecía más allá de los bosques bajos, en la distancia. March cogió su hacha y se dirigió al árbol. El leve sonido de sus golpes resonaba bastante inútilmente en el aire invernal de la granja. Banford salió llevando su abrigo grueso, pero sin sombrero, de modo que su fino cabello corto se agitaba con el inquieto viento que sonaba entre los pinos y en el bosque.

—Lo que temo —dijo Banford— es que caiga sobre el cobertizo, y que tengamos un nuevo trabajo reparándolo.

—Ah, no lo creo —dijo March, enderezándose y enjugándose la frente con el antebrazo. Estaba muy roja, y sus ojos estaban muy abiertos, extraños, y tenía el labio superior levantado, de modo que daba a sus dos blancos dientes frontales un aspecto curioso, como de conejo.

Un hombrecillo robusto vestido con una chaqueta negra y un sombrero hongo se les acercó trotando por el jardín. Tenía una cara sonrosada, una barba blanca, y ojos pequeños, de color azul pálido. No era muy viejo, pero era nervioso, y caminaba con pequeños pasitos cortos.

—¿Tú qué opinas, papá? —dijo Banford—. ¿No crees que puede dar contra el cobertizo al caer?

—¿Contra el cobertizo? ¡No! —dijo el anciano—. No puede caer sobre el cobertizo. Pero podría dar contra la valla.

—La valla no importa —dijo March con su voz aguda.

—Me equivoco, como siempre, ¿eh? —dijo Banford apartándose el pelo de los ojos.

El árbol se sostenía por un hilo, por así decirlo, inclinado, crujiendo en el viento. Crecía en el bancal de una pequeña hondonada seca entre los dos prados. En lo alto del bancal había una valla, que se prolongaba colina arriba hacia los arbustos. Varios árboles se apiñaban allí, en la esquina del prado cercano al cobertizo y al portón que conducía al jardín. Hacia este portón, horizontal a través de los prados, llegaba el camino que venía de la ruta principal, surcado y cubierto de hierba. Allí había otra valla endeble, de cortos y gruesos tablones separados entre sí, sostenidos por largas varillas divididas. Las tres personas estaban detrás del árbol, en la esquina del prado donde se hallaba el cobertizo, un poco más allá del portón del jardín. La casa, con sus dos gabletes y su porche, se erguía, primorosa, en un pequeño jardín con césped al otro lado del cercado. Una pequeña mujer robusta y de cara sonrosada que llevaba un chal de lana rojo había aparecido y estaba ahora de pie en el porche.

—¿No ha caído todavía? —gritó, con una vocecita aguda.

—Está pensando en ello —respondió su marido. El tono que empleaba para con las dos muchachas era siempre burlón y satírico. March no quería seguir golpeando el árbol mientras él estuviera allí. En cuanto a él, no levantaba una sola brizna del suelo si podía evitarlo, quejándose, como su hija, de reumatismo en el hombro. De modo que los tres se quedaron allí un momento en silencio, en la fría tarde, en la esquina del prado cercana al jardín.

Oyeron el ruido lejano de un portón, e hicieron un esfuerzo para ver quién llegaba. Más allá, en el verde camino horizontal, una figura volvía a montarse en una bicicleta y, bamboleándose por la hierba, se aproximaba hacia ellos.

—Pero si es uno de nuestros muchachos... Es Jack —dijo el viejo.

—No puede ser —dijo Banford.

March alargó la cabeza para mirar. Sólo ella reconoció la figura vestida de caqui. Se sonrojó, pero no dijo nada.

—No, creo que no es Jack —dijo el viejo, mirándolo con sus redondos ojos azules bajo las blancas pestañas.

Al cabo de otro segundo la bicicleta volvió a aparecer, y el muchacho se bajó en el portón. Era Henry, con la cara mojada y enrojecida y salpicada de

barro. Tenía un aspecto completamente embarrado.

—¡Oh! —exclamó Banford, como con miedo—. ¡Pero si es Henry!

—¿Qué? —murmuró el anciano. Hablaba con voz grave, rápida, farfullante, y estaba ligeramente sordo—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Quién es? ¿Quién dices que es? ¿Aquel joven? ¿Aquel joven de Nellie? ¡Oh! ¡Oh!

Y la sonrisa satírica apareció otra vez en su cara sonrosada y en sus blancas pestañas.

Henry, apartándose el pelo de su ardorosa frente, los había visto y había oído lo que dijo el viejo. Su rostro joven y ardiente pareció incendiarse en la fría luz.

—¡Ah, están allí! —dijo, lanzando su risa repentina, de joven cachorro. Tenía tanto calor y estaba tan mareado por su recorrido en bicicleta que apenas sabía dónde se encontraba. Apoyó la bicicleta contra la valla y la saltó para llegar hasta el bancal, sin pasar por el cercado.

—Vaya, he de decir que no le esperábamos —dijo Banford, lacónicamente.

—No, supongo que no —dijo él, mirando a March.

Esta se hallaba a un lado, con el cuerpo laxo, una de sus rodillas flexionadas y con cabeza del hacha apoyada sobre el suelo. Sus ojos estaban muy abiertos y vacíos, y su labio superior se elevaba descubriendo sus dientes y dándole ese aspecto de conejo indefenso, fascinado. En el mismo momento en que vio la cara roja y brillante del muchacho todo se acabó para ella. Estaba indefensa como si la hubieran atado, desde el preciso momento en que vio su cabeza inclinarse hacia adelante.

—Bueno, ¿quién es? ¿Quién es? —preguntó el viejo, sonriente, satírico, con su voz farfullante.

—Es el Sr. Grenfel, de quien ya nos has oído hablar, padre —dijo Banford fríamente.

—Ya lo creo que os he oído hablar de él. Prácticamente no he oído hablar de otra cosa —dijo el anciano entre dientes, con su extraña sonrisita burlona—. ¿Cómo está? —añadió, alargándole de pronto la mano a Henry.

El muchacho se la estrechó igualmente sorprendido. Luego los dos hombres se separaron.

—Ha venido en bicicleta desde Salisbury Plain, ¿eh? —preguntó el viejo.

—Sí.

—¡Hmm! Un trayecto bastante largo. ¿Cuánto tiempo le ha llevado? Bastante, ¿no? Varias horas, supongo.

—Unas cuatro.

—¿Eh? ¿Cuatro? Sí, eso es lo que suponía. ¿Y cuándo piensa volver?

—Tengo permiso hasta mañana por la noche.

—Hasta mañana por la noche, ¿eh? Sí ¡Hmm! Las chicas no le esperaban, ¿verdad?

Y el anciano volvió burlonamente sus redondos ojillos azul claro bajo sus blancas pestañas, hacia las muchachas. Henry también las miró. Se sentía un poco incómodo. Miró a March, que seguía con los ojos fijos en la distancia como si quisiera ver dónde estaba el ganado. Su mano descansaba sobre el mango del hacha, cuya cabeza seguía apoyada en el suelo.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó con su voz suave y cortés—. ¿Cortando un árbol?

March pareció no oírlo, como si estuviera en trance.

—Sí —dijo Banford—. Llevamos con ello más de una semana.

—¿Y lo han hecho todo solas, entonces?

—Nellie lo ha hecho todo; yo no he hecho nada —dijo Banford.

—¿De veras? Debe de haber trabajado mucho —dijo él, dirigiéndose directamente a March con un tono curiosamente suave. Ella no contestó, sino que se quedó a un lado, mirando hacia los bosques como en un trance.

—¡Nellie! —dijo Banford con voz aguda. ¿No puedes contestar?

—¿Quién, yo? —exclamó March, mirando a una y a otro—. ¿Alguien me ha hablado a mí?

—¡Soñando! —murmuró el viejo, volviéndose a un lado para sonreír—. ¡Debe de estar enamorada, ¿eh?, para soñar durante el día!

—¿Me ha dicho algo a mí? —dijo March mirando al muchacho como desde una extraña distancia, con los ojos muy abiertos y llenos de duda, y su cara delicadamente sonrojada.

—Dije que debe de haber trabajado mucho con ese árbol —replicó él cortésmente.

—¡Ah, eso! Poco a poco. Pensé que a estas alturas ya habría caído.

—Yo me alegro de que no haya caído durante la noche. Nos habría dado un susto de muerte —dijo Banford.

—Deje que acabe yo el trabajo, ¿quiere? —dijo el joven.

March inclinó el mango del hacha en su dirección.

—¿Le gustaría? —dijo.

—Sí, si lo desea —dijo él.

—Me alegraré cuando haya caído, eso es todo —dijo ella, displicente.

—¿Hacia dónde va a caer? —dijo Banford—. ¿Sobre el cobertizo?

—No, no caerá sobre el cobertizo —dijo él—. Yo diría que caerá allí, claramente. Aunque podría hacer un giro y golpear la valla.

—¡Golpear la valla! —exclamó el viejo—. ¿Cómo, golpear la valla? ¿Cuándo se inclina en ese ángulo? Pero si está más lejos que el cobertizo. No alcanzará la valla.

—No —dijo Henry—. Supongo que no. Tiene espacio suficiente para salvar ambas cosas, y supongo que así será.

—No caerá hacia atrás encima de nosotros, ¿verdad? —preguntó el viejo sarcásticamente.

—No, no hará eso —dijo Henry, quitándose su abrigo corto y su chaqueta—. ¡Patos! ¡Patos! ¡Atrás!

Una fila de cuatro patos salpicados de marrón encabezados por una pata marrón y verde avanzaban colina abajo desde el prado de más arriba, como barcos navegando en un mar agitado, abriéndose camino a toda velocidad en dirección a la empalizada y al pequeño grupo de personas, y graznando con tanta excitación como si trajeran noticias de la Armada Española.

—¡Tontos, más que tontos! —gritó Banford, acercándose a ellos para espantarlos. Pero los patos se le aproximaron ansiosamente, abriendo sus picos amarillo verdosos y graznando como si quisieran decirle alguna cosa.

—No hay comida. Aquí no hay nada. Debéis esperar un poco —les dijo Banford—. Fuera de aquí. Iros al cercado.

Los patos no se fueron, y Banford saltó la valla para hacerlos pasar por debajo del portón y dentro del cercado. Y allá se fueron en una fila excitada, meneando sus colas como las popas de pequeñas góndolas, metiéndose por debajo de la barra del portón. Banford estaba en lo alto del banco, al otro lado de la valla, mirando a los otros tres.

Henry la miró y se encontró con sus extraños ojos débiles, de pupilas redondas, que miraban detrás de sus gafas. Se quedó perfectamente inmóvil. Miró al árbol debilitado, que se inclinaba. Y cuando miró al cielo, como un cazador que observa el vuelo de un pájaro, se dijo: «Si el árbol cae en esta dirección, y gira un poco mientras se derrumba, esa rama la golpeará exactamente donde está, en lo alto de ese bancal».

Volvió a mirarla. Banford estaba apartando otra vez el pelo de su frente, con aquel gesto habitual suyo. Él, en su corazón, había decidido su muerte. Parecía haber en él una terrible fuerza estática, un poder que era sólo suyo. Con sólo volverse un milímetro en la dirección equivocada, perdería ese poder.

—Tenga cuidado, Srta. Banford —dijo. Y su corazón se mantuvo firme, perfectamente inmóvil, en su pura y terrible voluntad de que no se moviera.

—¿Quién, yo? ¿Que tenga cuidado? —gritó ella, con el tono mordaz de su padre en la voz—. ¿Por qué? ¿Cree que podría darme con el hacha?

—No, pero es posible que el árbol lo hiciera —dijo él gravemente. Pero a ella le pareció que el tono de su voz implicaba que él sólo estaba siendo falsamente solícito, y que intentaba hacer que ella se moviera porque era su voluntad que lo hiciera.

—Absolutamente imposible —dijo Banford.

Él la oyó. Pero se quedó heladamente inmóvil, para no perder su poder.

—No, podría ocurrir. Será mejor que venga hacia aquí.

—Está bien. Veamos cómo se derriba un árbol al estilo canadiense —replicó ella.

—Listo, entonces —dijo el joven, cogiendo el hacha, mirando a su alrededor para comprobar que él estaba a salvo.

Hubo un momento de tensión pura, inmóvil, en que el mundo pareció detenerse. Entonces, de pronto, la silueta del muchacho pareció volverse enormemente alta y terrible; dio dos golpes secos, como relámpagos, en inmediata sucesión, el árbol fue cortado, rotando lentamente, girando extrañamente en el aire y descendiendo como una súbita oscuridad sobre la tierra. Nadie vio lo que estaba ocurriendo excepto él. Nadie oyó el extraño gemido que dio Banford cuando el oscuro extremo de la rama cayó en picado, se abalanzó sobre ella. Nadie la vio agacharse un poco y recibir el golpe en la nuca. Nadie la vio caer hacia adelante y yacer, como un montón de carne convulsa, al pie de la valla. Nadie, excepto el muchacho. Y él observaba con intensos ojos brillantes, como observaría a un ganso salvaje al que hubiera disparado. ¿Estaba herida o muerta? ¡Muerta!

Inmediatamente lanzó un grito. Inmediatamente, March dio un agudo chillido que atravesó la tarde. Y el padre comenzó a emitir un extraño rugido.

El joven saltó la valla y corrió hacia el bancal. La nuca y la cabeza de Banford eran una masa de sangre, de horror. Le dio la vuelta. El cuerpo temblaba con pequeñas convulsiones. Pero en realidad estaba muerta. Él sabía que era así. Lo sabía en su alma y en su sangre. La necesidad íntima de su vida se veía cumplida: era él quien iba a vivir. La espina fue arrancada de sus entrañas. Entonces la depositó suavemente en el suelo. Estaba muerta.

El joven se irguió. March estaba allí de pie, petrificada, absolutamente inmóvil. Su cara estaba mortalmente pálida, sus ojos eran grandes lagos oscuros. El viejo estaba saltando torpemente la valla.

—Me temo que la ha matado —dijo el muchacho.

El viejo hacía unos extraños ruidos como sollozos mientras escalaba la valla.

—¿Qué? —gritó March, sobresaltándose.

—Sí, me temo que sí —repitió el joven.

March se aproximaba. El muchacho estaba al otro lado de la valla antes de que ella la alcanzara.

—¿Qué dice? ¿Que la ha matado? —preguntó con voz aguda.

—Me temo que sí —respondió él suavemente.

Ella se puso aún más blanca, temerosa. Ambos quedaron uno frente a otro. Los ojos de March contemplaron al muchacho con la última mirada de resistencia. Y luego, en un último fracaso agonizante, ella empezó a consumirse, a llorar a la manera temblorosa de un niño que no quiere llorar, pero que es castigado desde su interior, y que tiene ese primer escalofrío del sollozo que no es aún el llanto, seco y terrible.

Él había ganado. Ella se quedó allí absolutamente indefensa, agitada por sus secos sollozos y con la boca temblándole rápidamente. Y luego, como con un niño, súbitamente llegaron las lágrimas y la ciega agonía de los sollozos. Cayó sobre la hierba y se quedó allí sentada, con las manos en el pecho y la cara levantada en un llanto ciego, convulso. Él se quedó de pie, mirándola, mudo, pálido, como si fuera eterno. No se movió, pero siguió mirándola. Y en medio de toda la tortura de la escena, la tortura de su corazón y de sus entrañas, se sintió contento: había ganado.

Después de un largo rato se inclinó hacia ella y cogió sus manos.

—No llore —dijo suavemente—. No llore.

Ella lo miró con las lágrimas brotando de sus ojos: una mirada perdida, de indefensión y de sometimiento. Lo miró como si fuera ciega, y sin embargo lo veía. Nunca volvería a dejarlo. Él la había ganado. Y lo sabía, y se alegraba, porque la quería para toda su vida. Su vida debía tenerla. Y ahora la había ganado. Era lo que su vida debía tener.

Pero si la había ganado, aún no la tenía. Se casaron en Navidad como él había planeado, y él volvió a obtener diez días de permiso. Fueron a Cornualles, al pueblo del muchacho, a orillas del mar. Él se dio cuenta de que para ella era terrible seguir en la granja.

Pero aunque ella le pertenecía, aunque vivía a la sombra de él, como si no pudiera alejarse de su lado, no era feliz. No quería dejarlo, y sin embargo no se sentía libre con él. Todo lo que la rodeaba parecía vigilarla, parecía presionarla. Él la había ganado, la tenía junto a él, ella era su mujer. Y ella...

ella le pertenecía, y lo sabía. Pero no estaba contenta, y él seguía frustrado. Se daba cuenta de que a pesar de que estaba casado con ella y la poseía en todos los aspectos, aparentemente, y aunque ella *quería* que él la poseyera, lo quería, ahora no quería otra cosa, aun así él no había logrado su cometido.

Algo faltaba. El alma de March, en vez de colmarse con una vida nueva, parecía decaer, sangrar, como si estuviera herida. Solía sentarse durante largo tiempo con su mano en la de él, mirando el mar. Y en sus ojos oscuros, vacíos, había una especie de herida, y su rostro tenía un aspecto enfermizo. Si el muchacho le hablaba, se volvía hacia él con una desmayada sonrisa nueva, la pequeña sonrisa extraña y temblorosa de una mujer que ha muerto en el antiguo modo de amar y no puede aún alcanzar el nuevo. Ella sentía que tendría que hacer algo, esforzarse en algún sentido. Y no había nada que hacer, ni sentido que dar a su esfuerzo. Y no podía llegar a aceptar la sumisión que su nuevo amor le imponía. Si estaba enamorada, debería *esforzarse*, de alguna manera, en el amor. Sentía la agobiante necesidad de nuestros días de esforzarse en el amor. Pero sabía que de hecho no debía esforzarse en el amor. Él no aceptaba la clase de amor que exigía un esfuerzo. Hacía que se oscureciera su semblante. No, no la dejaría que se esforzara en su amor por él. No, ella tenía que ser pasiva, tenía que aceptar, y sumergirse bajo la superficie del amor. Tenía que ser como las algas que veía cuando miraba hacia abajo desde la barca, meciéndose delicadamente por siempre debajo del agua, con todas sus delicadas fibras entregadas tiernamente a la corriente, sensibles, totalmente sensibles y receptivas en el mar sombrío, y no levantándose nunca para mirar por encima de la superficie mientras vivieran. Nunca. Sin mirar nunca por encima del agua hasta que morían, y sólo entonces flotando, como cadáveres, sobre la superficie. Pero mientras vivían estaban siempre sumergidas, siempre bajo la ola. Bajo la ola podían tener raíces poderosas, más fuertes que el hierro; podían ser tenaces y peligrosas en su suave vaivén con la corriente. Debajo del agua podían ser más fuertes, más indestructibles que los robles en la tierra. Pero siempre era debajo del agua, siempre debajo del agua. Y ella, siendo una mujer, debía ser así.

Y ella había estado tan acostumbrada a lo opuesto. Había tenido que pensar siempre en el amor y en la vida, y asumir toda la responsabilidad. Día tras día había sido responsable del día siguiente, del año siguiente: de la salud, la felicidad y el bienestar de su querida Jill. Verdaderamente, a su humilde manera, se había sentido responsable del bienestar del mundo.

Y esto había sido su gran estímulo; esta espléndida sensación de que, en su pequeña esfera, ella era responsable del bienestar del mundo.

Y había fracasado. Sabía que, aun en su pequeña esfera, había fracasado. No había conseguido satisfacer su propio sentimiento de responsabilidad. Era tan difícil. Al principio parecía tan espléndido, tan fácil. Y cuanto más lo intentaba, más difícil se volvía. Había parecido tan fácil hacer feliz a un ser amado. Y cuanto más lo intentaba, peor era el fracaso. Era terrible. Toda su vida había estado intentando alcanzar algo; alcanzar algo, y lo que intentaba alcanzar parecía tan cercano, y ella se había esforzado hasta llegar al límite. Pero aquello estaba siempre fuera de su alcance.

Siempre fuera de su alcance, vagamente, irremediabilmente fuera de su alcance, y al fin se quedó sin nada. La vida que intentaba alcanzar, la felicidad que intentaba alcanzar, el bienestar que intentaba alcanzar se alejaban más, se hacían más irreales, cuanto más alargaba la mano. Buscaba una meta, una finalidad, y no la había. Siempre este horrible intento de conseguir algo, de esforzarse por algo que podía estar un poco más allá. Aun para hacer feliz a Jill. Se alegraba de que Jill estuviera muerta porque se había dado cuenta de que nunca hubiera podido hacerla feliz. Jill siempre hubiera estado nerviosa, cada vez más delgada, cada vez más débil. Sus dolores aumentaban en lugar de disminuir. Y así hubiera sido siempre. Se alegraba de que hubiera muerto.

Y si Jill se hubiera casado, habría sido lo mismo. La mujer esforzándose, esforzándose por hacer feliz al hombre, esforzándose dentro de sus propios límites por el bienestar del mundo. Y siempre fracasando. Pequeños, ridículos éxitos con el dinero o con la ambición. Pero en el punto exacto donde más ambicionaba el éxito, en el angustiado esfuerzo por hacer feliz y perfecto a un ser amado, allí fracasaba estrepitosamente. Querías hacer feliz a tu ser amado, y su felicidad parecía siempre alcanzable. Sólo bastaba hacer esto, aquello o lo de más allá. Y hacías esto, aquello y lo de más allá, todo de buena fe, y cada vez el fracaso era más horrible. Podías amar hasta desangrarte y esforzarte, hasta quedarte en los huesos, y las cosas irían de mal en peor, de mal en peor, en lo que a la felicidad se refería. El terrible error de la felicidad.

La pobre March, con su buena voluntad y su sentido de la responsabilidad, se había esforzado hasta tal punto que le parecía que la vida entera era sólo un abismo donde no había nada. Cuanto más te esfuerzas en alcanzarla flor fatal de la felicidad, que tiembla, azul y hermosa, en una grieta fuera de tu alcance, más terriblemente tomas conciencia del espantoso vacío del precipicio que hay debajo, y al que inevitablemente te vas a precipitar, como a un pozo sin fondo, si alargas un poco más la mano. Arrancas una flor tras otra, pero ninguna de ellas es *la* flor. La flor que buscas... su cáliz es un horrible vado, es el pozo sin fondo.

Esa es la historia de la búsqueda de la felicidad, ya sea la tuya propia o la de otro la que quieres conquistar. Termina, siempre termina, en el terrible sentido de la nada sin fondo en la que inevitablemente te precipitarás si sigues esforzándote.

¿Y las mujeres? ¿Qué meta puede concebir cualquier mujer, salvo la felicidad? Sólo felicidad para sí misma y para el mundo entero. Eso, y nada más. Y de ese modo asume la responsabilidad y emprende el camino hacia su meta. Puede verla allí, al pie del arco iris. O puede verla un poco más allá, en la lejanía azul. No está lejos.

Pero el final del arco iris es un vado sin fondo al que puedes caer y seguir cayendo eternamente sin llegar nunca, y la distancia azul es un pozo vado que puede tragarte a ti y a tus esfuerzos, y seguir por ello no menos vacío. A ti y a todos tus esfuerzos. ¡He ahí la ilusión de la felicidad alcanzable!

¡La pobre March había iniciado tan bien su camino hacia la meta azul! Y cuanto más lejos había llegado, más terrible se había hecho la conciencia del vacío. Una agonía, y finalmente una locura.

Se alegraba de que hubiera terminado. Se alegraba de poder sentarse en la orilla y mirar al mar, hacia el Oeste, y saber que el gran esfuerzo había terminado. Ya nunca más volvería a esforzarse por el amor o la felicidad. Y Jill estaba a salvo, muerta. Pobre Jill, pobre Jill. Ha de ser dulce estar muerto.

En cuanto a ella, la muerte no era su destino. Tendría que dejar su destino al muchacho. Pero él quería más que eso. Quería que ella se entregara sin defensas, que se hundiera y se sumergiera en él. Y ella... Ella quería sentarse inmóvil, como una mujer en el último mojón de su camino, y observar. Quería ver, saber, comprender. Quería estar sola: con él a su lado.

Y él... Él quería que ella dejara de observar, de ver, de comprender. Quería cubrir con un velo su espíritu de mujer, como los orientales cubren con un velo la cara de la mujer. Quería que ella se entregara a él, y que pusiera a dormir su espíritu independiente. Quería liberarla de todo esfuerzo, de todo lo que parecía su misma razón de ser. Quería que se sometiera, que cediera, que abandonara ciegamente su extenuadora conciencia. Quería quitarle la conciencia, y hacerla sólo su mujer. Sólo su mujer.

Y ella estaba tan cansada, tan cansada, como un niño que quiere dormir pero que lucha contra el sueño como si el sueño fuera la muerte. Parecía que sus ojos se dilataban con el obstinado esfuerzo y la tensión de mantenerse despierta. Pero se mantendría despierta. Sabría. Consideraría, juzgaría y decidiría. Llevaría las riendas de su vida en sus propias manos. Sería una

mujer independiente hasta el final. Pero estaba tan cansada, tan cansada de todo. Y el sueño parecía cercano. Y en el muchacho había tanto descanso...

Y sin embargo, sentada en una oquedad de los altos acantilados salvajes del oeste de Cornualles, mirando al mar, hacia el Oeste, sus ojos se dilataban cada vez más. Allí estaba el Oeste, Canadá, América. Ella conocería y vería lo que había más allá. Y el joven, sentado a su lado, mirando las gaviotas, tenía una nube entre las cejas y el peso del descontento en sus ojos. Él la quería dormida, en paz con él. Él la quería en paz, dormida en él. Y allí estaba ella, muriendo con el esfuerzo de su vigilia. Y sin embargo no quería dormir: no, nunca. A veces él pensaba amargamente que debía haberla dejado. Que nunca debía haber matado a Banford. Debía haber dejado que March y Banford se mataran entre sí.

Pero eso era sólo impaciencia, y él lo sabía. Estaba esperando, esperando irse al Oeste. Le dolía como un tormento la necesidad de abandonar Inglaterra, de irse al Oeste, de llevarse a March consigo. ¡Dejar esta orilla! Él pensaba que cuando cruzaran los mares, cuando abandonaran esta Inglaterra que tanto odiaba, porque de alguna manera parecía haberle inoculado un veneno, ella se dormiría. Cerraría por fin los ojos y se entregaría a él.

Y entonces él la tendría, y tendría al fin su propia vida. Se impacientaba, sintiendo que aún no tenía su propia vida. Nunca la tendría hasta que ella no se rindiera y durmiera en él. Entonces él tendría su propia vida de hombre joven, de macho, y ella tendría su propia vida de mujer, de hembra. Se acabaría esta horrible tensión. Ella dejaría de ser un hombre, una mujer independiente con las responsabilidades de un hombre. No: hasta la responsabilidad por su propia alma tendría que entregársela a él. Él sabía que era así, y obstinadamente se resistía frente a ella, esperando la rendición.

—Te sentirás mejor una vez que hayamos cruzado el mar y estemos en Canadá —le dijo cuando estaban sentados entre las rocas, en el acantilado.

Ella miró el horizonte del mar, como si no fuera real. Luego volvió sus ojos hacia él, con la extraña, esforzada mirada de un niño que lucha contra el sueño.

—¿Tú crees? —dijo.

—Sí —respondió él en voz baja.

Y los párpados de la muchacha cayeron lentamente, con el sueño pesando sobre ellos hasta la inconsciencia. Pero volvió a abrirlos otra vez para decir:

—Sí, puede que sí. No lo sé. No sé cómo serán las cosas allí.

—¡Si pudiéramos irnos pronto! —dijo él con dolor en la voz.